

Ilustracion Artística

Año XX

BARCELONA 16 DE SEPTIEMBRE DE 1901

Núm. 1.029

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA.

EL SABOYANO, cuadro de José Villegas

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de la interesantísima novela de la célebre escritora francesa Henry Gréville *Un misterio*, con ilustraciones del notable dibujante español Sr. Méndez Bringa.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Como en las cavernas*, por Emilia Pardo Bazán. — República Argentina. Buenos Aires. Séptima exposición de pintura española, organizada en los salones de A. S. Witcomb por D. José Artal, por Justo Solsona. — *La sima*, por Juan Téllez y López. — *Los soberanos rusos en Francia*, por X. — *El suplicio de Calderón*, por Juan B. Enseñat. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Norberto Dys*, novela de Matilde Alanic, con ilustraciones de Marchetti (conclusión). — *El nuevo acumulador Edison.*

Grabados. — *El saboyano*, cuadro de José Villegas. — República Argentina. Buenos Aires. Exposición de pintura española. *Un rincón del puerto de Valencia.* — *Un naranjero*, cuadros de Joaquín Sorolla. — *La isla del Amor*, cuadro de José Benlliure. — *Piletas de playa*, cuadro de Justo Ruiz Luna. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *La sima.* — *El tsar Nicolás II.* — *La tsarina Alejandra Feodorovna.* — *Vista del palacio de Compiègne, en donde residirán los soberanos rusos durante su permanencia en Francia.* — *Puerto de Dunkerque, en donde desembarcarán los soberanos rusos.* — *Salón denominado de Guardias.* — *Dormitorio destinado al tsar Nicolás II.* — *Balada*, cuadro de E. Goebeler. — *Una sirena*, cuadro de J. Caffieri. — *Ensueño*, cuadro de J. Pinós y Comes. — *Junto a la vía*, cuadro de Lino C. Iborra.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

COMO EN LAS CAVERNAS

Lo que vengo repitiendo aquí un día y otro, se ha confirmado de la más espantosa manera con el horrible caso acaecido en Madrid hace unos días, y del cual la prensa habló poco y cesó de hablar pronto, mientras prodiga columnas al vulgarísimo y repulsivo crimen de Carabanchel que, no se sabe por qué razón, ha interesado al público de las rotativas.

Yo tengo por crímenes vulgares los que llevan por móvil el robo, y no les llamo verdaderamente *misteriosos* nunca, porque el *misterio*, en un crimen, no consiste en que se ignoren los autores (á esta cuenta son *misteriosos* casi todos los crímenes que se cometen en España, donde nunca «son habidos» los autores susodichos). El *misterio* de un crimen es su psicología, los abismos del corazón que descubriré, la luz que arroja sobre el alma humana, sobre el estado social de una nación, sobre una clase, sobre algo que rebasa los límites de la caja de caudales, la cómoda ó el armario forzados, el baúl destripado, la cartera substraída.

No diré que en el crimen de Carabanchel no haya revelaciones elocuentes acerca de nuestro estado social. Se puede sumar ese crimen al de la Coruña, de los tenderos asesinados (por cierto que quedó impune completamente; el de Carabanchel, menos mal, se ha descubierto), y tomarlo como indicio de la manera de ser de muchísima gente española, capaz de llegar á ganar y tener dinero, y absolutamente incapaz de emplearlo bien, ni aun en provecho y gusto propio. La vida sórdida, sucia y asfixiante de los dos tenderos marinedinos, se asemeja á la vida no menos irracional del asesinato de Carabanchel. Tiene, sin embargo, en él menos excusa: pertenecía á más alta clase, había sido como quien no dice nada diputado y hombre político, y pasaba sus últimos años en un retiro bien distinto del de los sabios de Grecia, que se retiraban para cultivarse á sí propios y deleitarse en mayor espiritualidad. Este pobre señor, víctima de los arroperos, Muelas y demás bergantes, se retiraba á pasar su existencia entre sacos de huesos de cerdo y salazones, y el aspecto del lugar en que guardaba su mercancía y donde cayó bajo el cuchillo, basta para demostrar en qué pie de aseó y esmero tenía montado el tráfico.

Observado: en estos crímenes que persisto en llamar insignificantes, por su vulgaridad, las víctimas son siempre personas que viven de un modo bajuno y ridículo, sin obedecer á las leyes de la urbanidad y delicadeza social y del propio decoro. ¡Víctimas, en suma, poco interesantes! Tal era el cura Melias; tal doña Luciana Borcino; tal los tenderos de la Coruña; tal el Sr. Agustí. — La sociedad no puede prescindir de perseguir con igual eficacia todo crimen; pero el que estudia los fenómenos sociales y no es juez ni fiscal, no comparará nunca á doña Luciana Borcino ni al cura Melias con la joven modista cuya historia merecería ser referida por Víctor Hugo é incluida en la galería de figuras populares y tristemente hermosas donde brillan *Fantina* y *Cossette*.

La modistilla carecía de trabajo. No hemos llegado todavía en España, la «nación católica por excelencia» á preocuparnos de este caso frecuente y baladí: que una mujer que desea y necesita trabajar no encuentre en qué ni en dónde. — En qué... ¡Diablo! Sí; hay un *trabajo* que siempre encuentra fácilmente, sobre todo en las grandes capitales, la mujer, aunque no sea ni joven ni hermosa, como diz que es la modistilla del crimen. *Trabajo* llaman á su ejercicio las infelices que, de diez á tres de la madrugada, recorren á paso furtivo las calles sombrías y lodosas de Madrid, tapándose medio rostro con el amarillento mantón. Pero este trabajo no le convenía á la modistilla: tenía la tema de ser honrada, el propósito de conservar lo que no dan, á quien no lo lleva en el alma colocado allí por Dios, ni las más altas posiciones ni las educaciones más refinadas y pulcras, y como manera de ganarse el pan, no sabía ni quería conocer sino el trabajo..., el trabajo inaccesible, en el verano, cuando los talleres interrumpen su labor y la amarga *cebolla* brota entre las piedras caldeadas de la desierta villa y corte.

El trabajo era tanto más necesario cuanto que no sostenía sólo la vida de la modistilla, sino la de su madre y un hermanito de corta edad. Los seres queridos aguardaban en casa el pan y el sustento, y ella, la que debía aportarlo, la que se había impuesto la tarea de llevar en el pico al humilde nido la cotidiana pitanza, volvía de vacío, humillada, dolorida, con la vergüenza en el rostro y el desaliento en el corazón. Un día tras otro día, ya sabemos cómo se desenvuelve el trivial y doloroso viacrucis dentro de las familias pobres: hoy se empeña lo superfluo — si algo tienen superfluo; — mañana lo necesario, pasado lo indispensable — el instrumento del trabajo, la máquina de coser. — Vence el término de la casa; por todas partes apremian los acreedores de una peseta ó de cincuenta céntimos, mucho más implacables y feroces que los de mil duros; la cocina no tiene carbón, la despensa está barrida, la percha vacía, el baúl rebañado, la cama sin sábanas, el estómago desfallecido envía al cerebro vapores de alucinación mortal..., y la modistilla, antes que ver ese cuadro, quiere dejar el mundo. Ahí están las aguas del estanque de la Moncloa, brindando seguro y tranquilo lecho y bálsamo para olvidar penas y luchas.

Es de noche. Sale de casa, y con el paso automático de los que van á cumplir repentina determinación, guiados por una idea fija, cruza los barrios extraviados de Madrid, se mete en los terrenos solitarios y en los ásperos desmontes que rodean de aridez á la Cárcel Modelo. Dos hombres, al paso, la dirigen un requiebro brutal, de esos que nuestro pueblo suelta como soltaba la ballesta el tosco venablo. Ella avanza indiferente, sorda, abismada en sus preocupaciones y ansiosa de llegar cuanto antes al término del lúgubre paseo. Ellos, en cambio, han reparado, han visto: tal vez han observado la extraña y anormal situación de ánimo de la gallarda moza; de seguro han devorado con los ojos la belleza, sospechado el abandono, la soledad, la indefensión, todo lo que pone en sus zarpas de fiera la presa fácil.

Una ojeada, un codazo les basta para entenderse y concertarse en el propósito criminal. Son hombres de acción á su manera: de acción violenta casi siempre. Su oficio es cruel: apostados al ingreso de las ciudades, armados, vestidos de derechos que el Fisco les atribuye, registran la cesta del pobre, recaudan el más oneroso y odioso de los tributos, el que origina la carestía, aquel cuyo resultado directo es el hambre, por la cual va la modistilla al suicidio. No son para ellos cosa nueva ni las groseras licencias con la mujer, ni la riña á brazo partido y tiro limpio con el varón. Tienen esa arrogancia del funcionario español, que se siente un poco señor feudal de la inerme, sencilla y desvalida muchedumbre, ignorante de la ley y del derecho. ¡Son además *hombres!* *Hombres* que se creen dueños de la mujer en el hecho de que es mujer, criterio que se revela en la osadía y arrebató con que á ellas se dirigen, y en la facultad de matarlas que se arrojan con tal lisura, á pretexto de amor, de celos ó de honra.

A paso de lobo la siguen, entre la sombra; ella ni les siente venir. La alcanzan pronto, la acometen, la amordazan, la amarran, la sujetan por medio de una piedra enorme sobre el pecho. ¡Destino extraño! Ella iba á morir; pero ¿cómo había de imaginar que antes iba á la tortura y á la vergüenza? Animososa, recobrada, despertada de su fúnebre sueño hipnótico por la realidad, lucha, se defiende rabiosamente, con las uñas, con el cuerpo, con inconsciente energía. Su cara se ensangrienta, sus muñecas se destrozan, y en un momento de cansancio de los dos brutos, consi-

gue huir, consigue que sus voces sean oídas, que se aproxime gente. Los malvados la persiguen á tiros: descargan sus revólvers contra la desventurada, para evitar que hable, que los acuse; y animándose mutuamente al asesinato como se habían animado al atropello, el uno aconseja al otro que «apunte á la cabeza.» Y el tiro sale, y sólo por milagro, por el temblor de la mano criminal, ó por la falencia habitual en la puntería del revólver, la que iba á perecer ahogada no perece atravesada de un balazo en la sien.

¿Y qué ocurre cuando la pobre modistilla va á quejarse deshecha en llanto y con el rostro bañado en sangre ante quienes están obligados á velar por ella y por todos? Desde luego ya no piensa en el suicidio. Acaso quiere vivir para ver castigados á sus infames opresores. *Elle a promis de ne plus recommencer.* Así se titula un capítulo conmovedor de *Fromont jeune et Risler aîné*, el que refiere la odisea de la infeliz cojita Delobelle en busca del último consuelo, el fracasado suicidio... ¿Habría prometido *no hacerlo más* la modistilla madrileña? ¿Qué drama se representó en su espíritu, después de la escena salvaje ante el asilo de María Cristina?

Estimo, sin amarle, al pueblo norteamericano. Grandes fuerzas y grandes energías se desarrollan en su cuerpo joven y robusto. Una de ellas es, á mi ver, la aplicación de la ley de Lynch. Esa ley revela el vigor de ese pueblo. «Que otro haga justicia por mí,» dice el enervado. «Yo me sé hacer justicia,» exclama el fuerte apretando los recios puños. En ciertos casos, en ciertos crímenes, en ciertas iniquidades demasiado escandalosas, ¿qué mejor que la ley de Lynch? Los dos héroes del asalto de la Cárcel Modelo, allá en Pensylvania ó en el Texas, á las dos horas de cometido el atentado, se balancerían colgados de una rama, si ya no es que les habían tendido, amordazados y maniatados á su vez, sobre una pila de leña rociada de petróleo (ó leña verde, para que durase más el suplicio). Así se hace cuando á la facultad de indignación se junta el impulso de la acción, inmediata y fulminante, propia de hombres resueltos y avezados á defender la vida, á ganarla, á afirmarla contra la naturaleza y contra los malhechores. Aquí la ley de Lynch no existe (á pesar de la *justicia catalana*), ni acaso convendría; pero en el caso de la modistilla, ¡qué simpática parece la ley de Lynch!

Sobre todo porque... Yo no sé qué creo ver en este crimen. Se me figura, leyendo los diarios, que es uno de los muchos sucesos á los cuales se les pone sordina. Su castigo no será probablemente tan ejemplar como lo pide el horror inicuo del caso; ya se empiezan á buscar excusas — leo en *El Imparcial* que en un «centro oficial» corre la voz de que la modistilla no era tan honrada como se creyó al principio...

¿Y con qué fin se dice eso en un centro oficial? ¿Es para disculpar á los criminales, dos veces criminales, amén de cobardes y alevosos? ¿Es que se quiere sentar la jurisprudencia ó esparcir la idea de que á una mujer en cuyo pasado ó presente exista alguna sombra, forjada por la calumnia quizás — y si es real, para el caso da lo mismo, — pueden burlarla é intentar asesinarla dos hombres, y que la culpabilidad de éstos dos hombres se mide por los grados de pureza que mida la fama de la víctima?

¿Acaso á esa mujer, sea cual sea su conducta antes del momento del crimen, aunque fuese la escoria de la calle, no deben protegerla la ley y la sociedad? ¿Se impone menor pena en el Código á los que roban y matan á un usurero ó á un libertino, que á los que roban y matan á un hombre probo y estimado de sus conciudadanos? Y porque supongamos que una mujer pobre, una humilde modista, ha incurrido en debilidades ó en errores sentimentales, ó de cualquier índole, ¿es menos infame su opresión, es menos sagrada su seguridad, su honra, su vida, sus derechos de ser humano, en medio de una sociedad que se dice civilizada?

¡Cuánto y cuánto hay que corregir y rectificar en la opinión para que sea recta y auxilie y vigorice á la titubeante justicia! Por delitos que no arguyen maldad se va á presidio. Por el espantoso atentado del asilo de María Cristina, ¿qué penalidad se impondrá? El consumidor que huyó, ¿será *habido*? El que está preso, ¿sufrirá una condena seria, ó saldrá pronto á pasearse y acechar á otra mujer indefensa, asegurándola mejor con la muerte, para que no le denuncie?

Este crimen sí que lleva trazas de *misterioso*... ¡Execración contra los que lo cometieron y contra quien no lo repruebe desde el fondo del alma con la tremenda severidad que inspira!

EMILIA PARDO BAZÁN.

REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES

SÉPTIMA EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA, ORGANIZADA EN LOS SALONES DE A. S. WITCOMB POR D. JOSÉ ARTAL

A treinta y dos se elevó el número de expositores y á setenta y dos el de cuadros expuestos en el bonito salón de la calle Florida, bien conocido de los amantes de las bellas artes, y especialmente de la

nifestados por los ricos *amateurs* (muy pocos todavía) que compran cuadros para sus particulares galerías.

Que el viaje fué bien aprovechado, lo dice el con-

cretándonos á la belleza artística, resultó la exposición un prodigio; pudiéndose admirar trabajos maestros. Siguiendo el orden de los apuntes tomados y guiados por nuestras impresiones, procuraremos dar



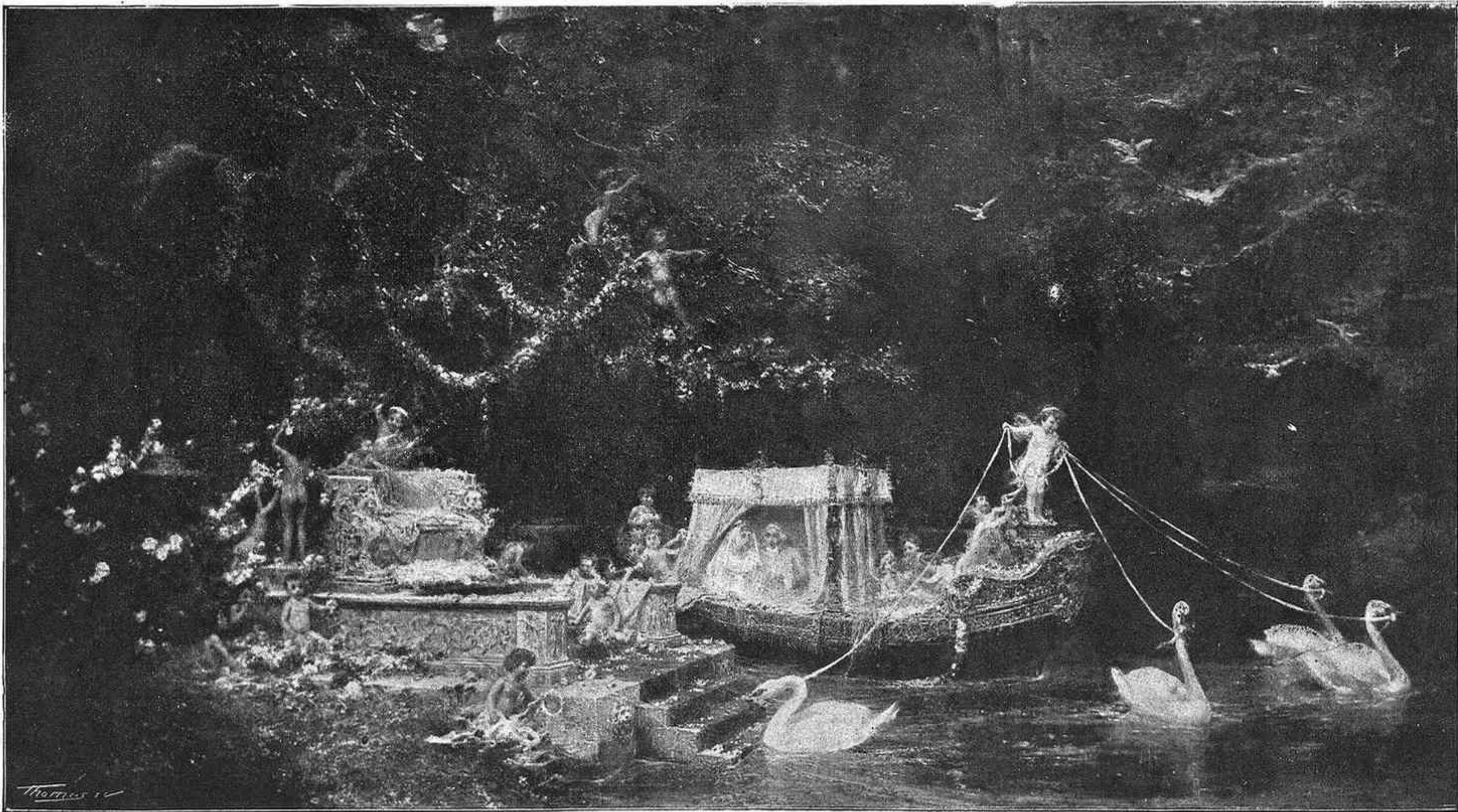
REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. UN RINCÓN DEL PUERTO DE VALENCIA, cuadro de Joaquín Sorolla

pintura española, á la que rinde toda su atención nuestro estimado paisano D. José Artal, á quien tanto deben los pintores modernos españoles por sus esfuerzos titánicos para procurarles un buen mercado en la populosa ciudad de Buenos Aires.

junto de hermosísimas telas y tablitas que cubrían las paredes del salón Witcomb y las firmas que las acreditaban; pero así y todo, dudamos que en esta exposición haya obtenido el Sr. Artal el éxito de las anteriores; no porque la actual desmerezca de las

una idea sucinta y á la ligera de las principales obras.

Daremos preferencia al gran vencedor en exposiciones D. Joaquín Sorolla, el mágico valenciano. Tenía cuatro cuadros. Dos eran estudios: el uno repre-



REPÚBLICA ARGENTINA. — BUENOS AIRES. — EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. LA ISLA DEL AMOR, cuadro de José Benlliure

Para preparar la última y muy notable exposición, hizo el Sr. Artal especial viaje á las provincias españolas, visitando talleres y artistas, deseoso de reunir un conjunto selecto y en armonía con los gustos ma-

otras, sino por las circunstancias especiales de crisis que atraviesa el país, y de la cual, como todo, se han de resentir forzosamente las bellas artes.

Pero dejando á un lado la parte económica y con-

sentaba un perro, correctísimo de dibujo en general y de escorzo en particular; el otro, un tipo gitano, un busto de mujer esbozado entre flores, notable por el contraste algo fuerte de los colores. De los otros dos,

uno llevaba el título *Un rincón del puerto de Valencia*. Un muchacho desnudo saliendo del agua y pugnando por subir á un bote pintado de blanco, y en segundo término otra embarcación en la que están comiendo sus tripulantes. El agua está tratada con gran verdad, al punto de hacerse uno la ilusión de oír el chapoteo causado por el movimiento inquieto de las pequeñas lanchas. No se ve cielo, pero se le adivina transparente y á pleno sol. El otro cuadro es de mayores dimensiones y representa un viejo naranjero, tipo árabe, en actitud de ofrecer su mercadería. La cabeza es magistral por el dibujo, por el colorido y por la expresión; y el resto, trabajado con esa sencillez propia del eminente Sorolla. Fué de las obras más admiradas por los concurrentes al salón.

D. Enrique Serra expuso cinco cuadros de tamaños regulares, en los que campea el peculiar ambiente de que dicho artista rodea á todas ó á la mayoría de sus telas, que no pueden confundirse con las de ningún otro. Al verlas se exclama: «Esto es de Roma y debido al privilegiado pincel de Serra.» Sus cuadros tienen personalidad propia, la factura es sugestiva y el ambiente rebosa tristeza y melancolía. ¿Es así la campiña romana, ó es el estado especial del alma del artista, soñadora, romántica, añoradora? Tal debe ser, porque cuanto dijéramos de *El espejo de Venus*, pongamos por caso, repetiríamos al tratar de *La virgen del jardín*, *Lago de Nemi*, *Quietud* y *Flora de las lagunas romanas*. ¿Es que Serra se complace en sorprender á la naturaleza en esas horas de recogimiento y misterio?

Otro de los expositores que también tienen personalidad bien definida es el eminente Barbudo. Su paleta rica y abundante en colores se complace, al combinarlos en la tela, en buscar y acumular dificultades para vencerlas á copia de lujo en los detalles, en la ornamentación, en la elegancia y expresión de las figuras y en el desarrollo del asunto. Estas cualidades brillaban en sus ocho cuadros, iguales todos en mérito, aunque atrajera más las miradas el conocido por *La visita al cardenal*. Los titulados *Coquetaría*, *Una dama* y *Un paje*, representaban tres tipos del siglo xvi, pintados con mucha maestría. Llamaban también la atención *Los abuelos*, *De casa* y *Un entierro en la campiña romana*.

De D. José Villegas era un bonito cuadro titulado *Mimosa*, una perra de lanas de las del género feo, que tiene entre sus patas delanteras unos guantes negros de señora en actitud de defenderlos. El propio autor exponía otra tela de regulares dimensiones, *El saboyano*, que gustó mucho por la correcta entonación con que está tratada la figura principal.

José Benlliure, además del cuadro de complicada composición *La isla del amor*, de asunto simpático, sugestivo y de difícil técnica, tenía otros dos, *Afuerras de Tetuán* y *Monaguillos*. El primero, sobre todo, es una tablita preciosa, llena de luz, de sol africano y de ambiente alegre. La posición de las figuras formando grupo con el paciente asno produce un efecto muy bonito. El aduar medio derruido completa su belleza.

Baldomero Galofre remitió tres cuadros, dos especialísimos suyos: nos referimos á los dos *tempera* tratados superiormente. En esta clase de trabajos creemos que no tiene rival. El asunto, cosas de la tierra andaluza: *Gitanos yendo á la feria* y *Gitanos en la feria*. Pero el cuadro que encantó á los inteligentes fué el titulado *Coso de gitanos*, pintado al óleo y de regulares dimensiones. Los primeros términos son acabadísimos, y en verdad parece que los jinetes van desbocados levantando nubes de polvo.

De Manuel Rodríguez eran tres pequeñas tablitas, sobresaliendo la señalada con el nombre de *Flora*. ¡Qué cosita más mona y bien dibujada! Una graciosa joven en pleno jardín con un cesto de flores. Gra-

El mendigo, de D. Juan Jiménez, está bien sentido, y la soledad que le rodea aumenta el desamparo, produciendo en el espectador cierta impresión de angustia. Exponía además un *Paisaje* precioso y un *Hermano lego* bien trazado.

Tres tablitas diminutas remitió el celebrado pintor de asuntos militares D. Marcelino Unceta. *Un húsar*, *Un soldado de la guardia real* y un *Dragón de la Montesa*; tres tipos dibujados con el arte y gusto que le son característicos. Fueron de los primeros en que apareció el cartelito *vendido*.

A Muñoz Degrain pertenecía un pequeño paisaje de Suiza, unas montañas, iluminadas sus crestas por el sol poniente, de hermosa factura.

De Justo Ruiz había dos cuadritos, *Estío* y *Piletas de playa*, este último muy notable por la verdad que en él campea.

Eduardo Pelayo expuso un paisajito precioso, iluminado por la luz crepuscular: su mayor elogio está hecho diciendo que fué el primero que ostentó el cartel *vendido* á poco de estar inaugurada la exposición.

También es digno de mención un *Paisaje de Granada*, de Antonio Gomar.

Francisco Villar presentó sólo una cabeza de estudio; correctísima de dibujo, de facciones bien acentuadas y de tonalidad justa. Al contemplarla nos hizo recordar á maestros del siglo xvii. Es una verdadera obra de arte.

Y para terminar estas mal pergeñadas líneas y cerrarlas con broche de oro, haré mención del cuadro *Otoño*, del gran maestro D. Francisco Pradilla, una cabeza de mujer en estado de semirrepose, adornada de crisantemos, con el cabello suelto y los ojos casi cerrados. ¡Qué detalles más artísticos y toques tan magistrales en el conjunto y qué expresión la de la boca! Cabeza propia para una soberbia decoración en la que figuren las cuatro estaciones.

Además había cuadros de Benedito, Bermejo, García Ramos, Gómez Martín, Hernández, Martín, Mota, Muñoz, Navarro, Picolo, Puig Roda, Ribera, Sala y Villamil, muy notables y dignos de mención.

En suma, la Exposición ha sido una manifestación elocuente del estado de la pintura

española contemporánea y una nueva prueba del desinterés y del entusiasmo que el Sr. Artal pone en la obra patriótica por él emprendida. He dicho al principio que el éxito económico tal vez haya resultado algo inferior al de las Exposiciones anteriores; á ello habrán contribuido sin duda la escasez de las cosechas, la crisis que sufren la exportación de los ganados y el comercio de lanas y azúcares, el desequilibrio del comercio de importación, los enormes perjuicios sufridos por la provincia de Buenos Aires por las grandes inundaciones del año pasado, y también las indispensables consecuencias de los costosos viajes á la última Exposición de París. Pero estas causas son puramente pasajeras, y una vez restablecida la normalidad, volverá á ser esta capital, y lo será cada día más, un excelente mercado para nuestros artistas.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, agosto de 1901.



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. UN NARANJERO, cuadro de Joaquín Sorolla

cia, belleza, frescura, picardía, elegancia, todo lo reúne la *Flora* del mencionado artista. Recomendables también eran *En el jardín* y *La toilette del perro*.

Y llegamos á D. Francisco Domingo, que expuso un óleo y tres pasteles. El primero, titulado *El perdón de los pecados*, dicen los inteligentes que vale mucho, sin duda por su ambiente de mística contrición; pero sin negar su mérito, le hallamos cierto convencionalismo. En cambio el pastel *La alta corte* es superior. ¡Qué valentía y hermosura en el tono, color y dibujo de aquellas magistrales cabezas, tan bien concebidas como bien ejecutadas. Son del mismo autor otros dos pasteles, *Las majas de Goya* y *Tipos de D. Ramón de la Cruz*, ambos de mucho mérito.

D. José Morillo remitió cinco cuadritos, todos lindos, sobresaliendo *Los bebedores*, *Tipos de café* y *El brindis*.



La Sima

Y dando una última y vigorosa chupada á la sabrosa colilla, la tiró no sin pena, cerró el Sermonario en donde había leído varias oraciones sagradas á propósito de Santa Lucía, cuyo panegírico tenía que hacer al día siguiente, y se dispuso á meterse en la cama. El viento lanzaba furiosamente gruesas gotas de lluvia contra los cristales de la ventana y silbaba de un modo lúgubre en lo alto de la chimenea, y el buen D. Julio, cura párroco de aquella aldea de la sierra, murmuró una oración por los pobres caminantes. De pronto, dos recios aldabonazos se sintieron en la puerta y el sacerdote quedó asombrado; aquello era insólito, extraordinario. El sacristán no podía ser, porque llamaba siempre por la ventana, y á aquellas horas nadie hacía visitas, y mucho menos en una noche tan fría y tan lluviosa. ¿Quién sería? Decidióse á abrir, y un hombre alto, elegantísimo y distinguido hasta la exageración, penetró en la estancia.

— Le extrañará á usted mi visita, dijo, á estas horas y con esta noche; pero cuando sepa su objeto me disculpará usted...

— Cualquiera que sea, contestó el cura, usted, señor conde, viene siempre á su casa y puede disponer de ella y de sus habitantes.

— Gracias, D. Julio. Ya sabe usted que hace año y medio, y por motivos que no hacen al caso, decidí dejar á Madrid y venir á hacer vida agreste en mi castillo. Traje un criado, una escopeta, unos cuantos libros y un perro; y con tales elementos y los buenos amigos que he hallado en el médico, el alcalde y sobre todo en usted, no me he podido arrepentir un instante de mi decisión. Pero es el caso que en la primera visita que hice á la viña que poseo en el cerro, conocí á una muchacha preciosa que usted conocerá también; á Elena, la hija del guarda.

El cura hizo un signo de asentimiento.

— Bueno. Pues desde aquel día he frecuentado mucho la viña, en parte por la muchacha, pero sobre todo por el panorama que desde allí se descubre. Ya recordará usted: la roca cortada á pico cae violentamente sobre el valle, y la vista se esparce en la dilatada vega sembrada de pueblecillos y que el río cruza serpenteando como una cinta de plata que brilla á la luz del sol con mil variados reflejos; el viento trae los ecos de las campanas y los efluvios de la campiña, y allá en la lejanía azul la sierra parece rasgar con sus picos el purísimo cielo... Le aseguro á usted que allí sentado en la roca y con los pies colgando en el abismo, he gozado los más puros placeres de mi vida.

Pero... á los pocos días hubo de extrañarme una cosa. Y es que cuando llegaba rendido de cansancio á aquel sitio, me encontraba casi siempre á Elena sentada precisamente en el mismo lugar en que yo me sentaba. Los padres me contaban afligidos que todo el día quería estar allí, que se había vuelto tonta y que se la había quitado la afición al trabajo. Siempre que yo llegaba y la sorprendía allí, se ruborizaba, me miraba de un modo particular y se levantaba con presteza. Al cabo de algún tiempo me convencí de que la pobre muchacha me amaba...

Desde pequeño, señor cura, me he acostumbrado á dominar mis pasiones, y bien puedo decir que soy dueño de ellas... Pero hay una que no he podido dominar jamás, que es dueña de mí en absoluto y que puede más que toda mi voluntad y que todas mis energías: la curiosidad. Rico desde mi nacimiento y con poca afición al trabajo, he estudiado sin embargo con verdadera ansia; no ha habido arte ni ciencia que yo no haya tratado de saber; y ante el amor de Elena sentí una curiosidad infinita..., la de

investigar cómo ama una campesina ignorante que no ha recibido educación é instrucción, y qué impresión le hacían las palabras cultas y los mimos cortesanos. Por otra parte, la muchacha es bella como pocas y la empresa me seducía. No tuve que hacer grandes esfuerzos; al poco tiempo su alma era mía... y su cuerpo no lo era porque yo soy un hombre honrado y jamás se me ha pasado por la imaginación la idea de portarme como un villano; pero de haber querido, el cuerpo hubiera seguido al alma...

Todas las noches, durante la primavera y el verano iba yo al cerro; y mientras sus padres dormían, ella salía, nos sentábamos en la roca, al nivel de un arbolillo que hay en la piedra viva y en el cual apoyábamos los pies, y á la luz de la luna ó ante el fulgor de las estrellas, pasábamos una ó dos horas hablando, es decir, preguntándome y contestándola...

Me interrogaba sobre las cosas de Madrid, sobre las costumbres de la corte, sobre toda clase de asuntos; me obligaba á llevarla libros que devoraba durante el día, y lentamente se iba transformando, convirtiéndose en una señorita vestida de lugareña. Aquellas conversaciones científicas, artísticas, religiosas y hasta políticas, pues de todo quería saber la pobre-cilla, terminaban siempre con una despedida en que su amor se desbordaba como un torrente... Me cogía las manos, me miraba de un modo salvaje y me decía: «Rey mío, tu esclava sabrá elevarse hasta ti.»

Cuando me he dado cuenta ya era tarde; y aunque yo no me dejo dominar por los convencionalismos, conozco que no la amo, y por lo tanto nada puedo hacer sino lamentar lo sucedido. Pero al darla cuenta anoche de mi resolución de marchar á Madrid, me dijo solemnemente que ó la dejaba venir conmigo ó se mataría. Y por esto vengo: usted que tanto ascendiente tiene sobre sus feligreses, vea la manera de evitar que se suicide; llámela usted, aconséjela, y en fin, haga lo posible por arrancarle esa idea. Yo voy ahora á despedirme de ella, pues me lo pidió ayer como una última gracia.

— Ha hecho usted muy mal, señor conde, dijo el buen D. Julio mientras dos gruesas lágrimas asomaban á sus venerables ojos; ha hecho usted desgraciada á una pobre muchacha que hubiera sido feliz... Pero en fin, haré lo que pueda, haré lo que pueda; dígame que venga mañana á verme...

Y como el conde se había levantado, el pobre sacerdote le acompañó hasta la puerta, cerró después y se acostó seguidamente, aunque no tan tranquilo como pensaba hacerlo cuando cerró el Sermonario y llamaron á la puerta.

La lluvia había cesado; en el cenit las nubes se desfilaban, dejando un claro por donde la luna llena lanzaba sus rayos argentados sobre la tierra; el silencio era absoluto, y sólo resonaban en el campo las pisadas del conde, que á toda prisa se dirigía hacia el cerro, envuelto en su gabán y fumando nerviosamente un cigarro. La conciencia, ese juez inexorable que no se deja sobornar por nada ni por nadie, le acusaba terriblemente, llamándole asesino, criminal... ¡Sí! Porque mientras él se marcharía, al día siguiente, Elena, la pobre Elena, se mataría por su culpa, por su culpa nada más; y sin él hubiera sido feliz, muy feliz, casándose con un destripaterones del pueblo y criando santamente la familia, sin sospechar siquiera que hubiese un más allá... ¿Para qué lo necesitaba ella? Mientras que ahora, suponiendo que no se matara, no podía querer á nadie, no podía ser feliz... ¡Ah! ¡Terrible curiosidad!

Elena, pálida como la muerte, con los ojos rodea-

dos de una aureola obscura y enrojecidos de tanto llorar, hermosa como un hada y vestida de blanco, se abrazó llorando al conde.

— ¡Por Dios, por Dios, por ese amor que me tenías..., no te vayas!, gritó enronquecida por el dolor.

— No puedo menos, Elena, no puedo menos. Es preciso que me vaya.

— ¡No..., no; mírame de rodillas, mira mis lágrimas..., mira mi pena..., y si te vas, llévame!.. Seré tu criada, tu esclava, tu perro; te serviré de rodillas, arrastrándome por los suelos..., pero llévame; ¡mira que no puedo vivir sin ti!..

— Es imposible..., acuérdate de tus padres... ¿Los vas á dejar solos?

— Mis padres... Mira, Alberto mío; cuando tú viniste, yo estaba allá abajo, ¿ves?, en la sima, tan negra, tan negra, en la que están mis padres y todos los del pueblo..., y como no sabía que hubiera otra cosa en el mundo, era feliz en mi ignorancia. Pero viniste tú y con la fuerza del amor me fuiste subiendo lentamente hasta aquí, hasta la claridad... Y ahora, cruel, quieres volver á dejarme abajo, en la sima negra, sin comprender que no podré hacer otra cosa que mirar para arriba y morirme de pena... Pero ¿qué hablo de morirme? Tú quieres que baje..., pues bajaré; pero será de un golpe, de una vez, despeñándome y encontrando en el fondo de la muerte... ¡Sí! Porque te amo, porque te adoro, porque no puedo vivir sin ti... Por última vez..., ¿te vas?!

— No tengo otro remedio.

— ¿Me llevas?

— Me es imposible.

— Pues entonces, ¡adiós!

Y la joven, lanzando un pie hacia el abismo, se precipitó por la roca. El conde dió un grito, y al asomarse vió que Elena se había quedado enganchada por la falda en una rama del arbolillo, de aquel arbolillo triste y solitario en que tantas veces habían apoyado los pies; y al convencerse de que podía salvarse á la muchacha, se echó hacia delante todo lo posible, y pudo, con grandes esfuerzos, cogerla una mano que, crispada y rígida, se agitaba en el espacio.

Entonces pasó algo horrible, imposible de describir; Elena cogió la mano del conde y tiró de él con toda su fuerza hacia el abismo; pero no pudo vencer el instinto de conservación de Alberto, que se sentó en el suelo, agarrándose á las piedras salientes y luchando contra Elena, que á toda costa quería arrastrarle á la muerte... El arbolillo se desgajó, y entonces el cuerpo de la muchacha quedó enteramente colgando de la mano del conde, que no podía arrancarse de aquella otra mano crispada y yerta sólidamente atada á la de él; y Alberto pedía socorro con grandes voces que se perdían en la lejanía en siniestros ecos. La lucha era terrible y el conde iba perdiendo fuerzas; pero reuniéndolas todas en un espasmo supremo, consiguió elevar el cuerpo de Elena de tal modo, que la sentó sobre la roca.

Respiró ansiosamente; y ya iba á soltarse la mano y á huir de aquellos lugares para siempre, cuando se sintió empujado violentamente hacia el abismo. Forcejeó, pero en vano; la fuerza que lo empujaba aumentó, y los dos cuerpos fueron lanzados de la roca, estrellándose contra los salientes y yendo á confundirse en un montón informe de carne en el fondo de la sima, mientras que allá arriba el tío Lucas, el pobre padre de Elena, decía en voz alta como si alguien pudiera oírle:

— ¡Ya estás con él, y para siempre!..

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Triadó.)

LOS SOBERANOS RUSOS EN FRANCIA

La próxima visita del tsar Nicolás II á Francia constituye un acontecimiento de grande importancia para las cancillerías europeas, porque con ella se afirma una vez más la estrecha alianza pactada entre ambas poderosas naciones; pero es á la vez un suceso interesante, aun dejando á un lado la cuestión diplomática, porque con ocasión de ella se celebrarán grandes festejos, entre los cuales sobresaldrá seguramente la revista militar, á que asistirá el emperador de Rusia, acompañado del presidente de la República M. Emilio Loubet.

Los soberanos rusos residirán en el palacio de Compiègne, que Luis XV mandó reconstruir en el estado en que hoy se encuentra, al que van unidos multitud de recuerdos históricos; en él recibió el Delfín, más tarde Luis XVI, á su prometida María Antonieta de Austria; en él Napoleón I recibió á la archiduquesa María Luisa; Luis XVIII tuvo allí de huésped al tsar Alejandro I; en su pequeña capilla se casó la princesa Luisa de Orleans, hija de Luis Felipe, con el rey Leopoldo I de Bélgica; Napoleón III hizo de él su residencia predilecta durante el otoño, y en 1867 habitó en él el emperador Alejandro II.

Hállase situado el palacio de Compiègne junto á la población de este nombre y lindando con un magnífico parque que se comunica con la vecina selva, extenso bosque de árboles seculares. A pesar de sus vastas proporciones, de sus pórticos y columnatas, el edificio no merece el nombre de monumento arquitectónico, lo cual se debe quizás á las adiciones que Napoleón I y sus sucesores hicieron á la primitiva obra del arquitecto Gabriel; en cambio su interior llama la atención por su magnificencia y grandiosidad.

Entrase en el palacio por la galería de las Columnas, hoy convertida en sala de museo, de donde arranca la escalera que conduce al primer piso, á la sala de Armas, desde la cual se pasa al salón de las Revistas y de éste á la inmensa galería de Fiestas, que será el comedor de gala durante la estancia del tsar. Para las comidas íntimas se utilizará el comedor de Napoleón III ó bien alguno de los salones que dan á los jardines.

Al otro lado del comedor de Napoleón III están situadas las habitaciones que ocuparán los soberanos rusos y á las que precede la llamada sala de los Ma-

pas. Comunica ésta con el salón de familia de Napoleón III, desde cuyas ventanas se disfruta de un hermoso panorama y cuyos muebles, del más puro estilo Imperio, son de madera barnizada de laca tapizada de preciosos Beauvais y constituyen una verdadera maravilla. Atraviésase luego el salón llamado de María Antonieta y se entra en el del Consejo de Ministros, también de estilo segundo Imperio, junto al cual ábrese el dormitorio del emperador, que por algunos días lo será de Nicolás II.

primer Imperio los famosos «taburetes de corte,» alineados en dos filas delante del sofá en donde se sentaba la emperatriz.

Hemos dicho al principio que una de las fiestas más interesantes será la revista militar. Esta se celebrará en Betheny, cerca de Reims, y será digno remate de las maniobras realizadas este año en el Este, tomando parte en ella cuatro cuerpos de ejército, 16 batallones de cazadores y 18 regimientos de caballería independiente, ó sean 125.000 hombres. — X.



EL TSAR NICOLÁS II



LA TSARINA ALEJANDRA FEODOROVNA

La primera de las habitaciones destinadas á la tsarina es el salón de música, desde el cual se pasa al dormitorio, que se conserva tal como estaba cuando lo ocupaba la emperatriz Eugenia, con su cama Imperio de altas columnas que sostienen el pabellón sobre el cual se alza una enorme águila de oro, con sus sillones del mismo estilo, con las curiosas arcas de María Antonieta puestas á los lados de la chimenea, con las cuatro maravillosas cómodas de Jacob y con su techo pintado por Girodet.

Detrás del dormitorio está el tocador en forma de rotunda, cubiertas las paredes de damasco azul y plata y alumbrado de día por una claraboya y de noche por ocho soberbios brazos de bronce: los muebles de esta pieza consisten en pequeños sillones de respaldo redondo, un costurero, una papelera, una cómoda Jacob de caoba y bronce, un velador de porcelana azul y blanca y un trípode de bronce con una jofaina de porcelana de Sevres.

El dormitorio de la tsarina comunica con el antiguo salón de las Damas de honor, en donde se ven todavía en el mismo sitio que ocuparan durante el

tido, Calderón gastaba casi siempre un humor de mil demonios.

Físicamente, era un hombrecito rechoncho y moleto, que frisaría en los cincuenta. Su cabecita redonda salía de un majestuoso cuello de camisa, planchado con lustre y rodeado de una gruesa corbata de piqué; de modo que su cara redonda, afeitada y rubicunda parecía un ramo de rosas puesto en un cucurucho de papel.

A pesar del medio siglo que llevaba áuestas, Calderón no había renunciado á agrandar al bello sexo. La crónica escandalosa mentaba sus aventuras, y debió su desgracia precisamente á su fama de seductor.

Es el caso que nuestro cordobés se enamoró de una guapísima muchacha, rubia como el maíz, de grandes ojos azules, que respondía al dulce nombre de Carmen.

Era una costurerilla que vivía con recato y con modestia en el último piso de una de las fincas urbanas de Calderón.

Al enterarse de que era casero de tan bonita in-

EL SUPPLICIO

DE CALDERÓN

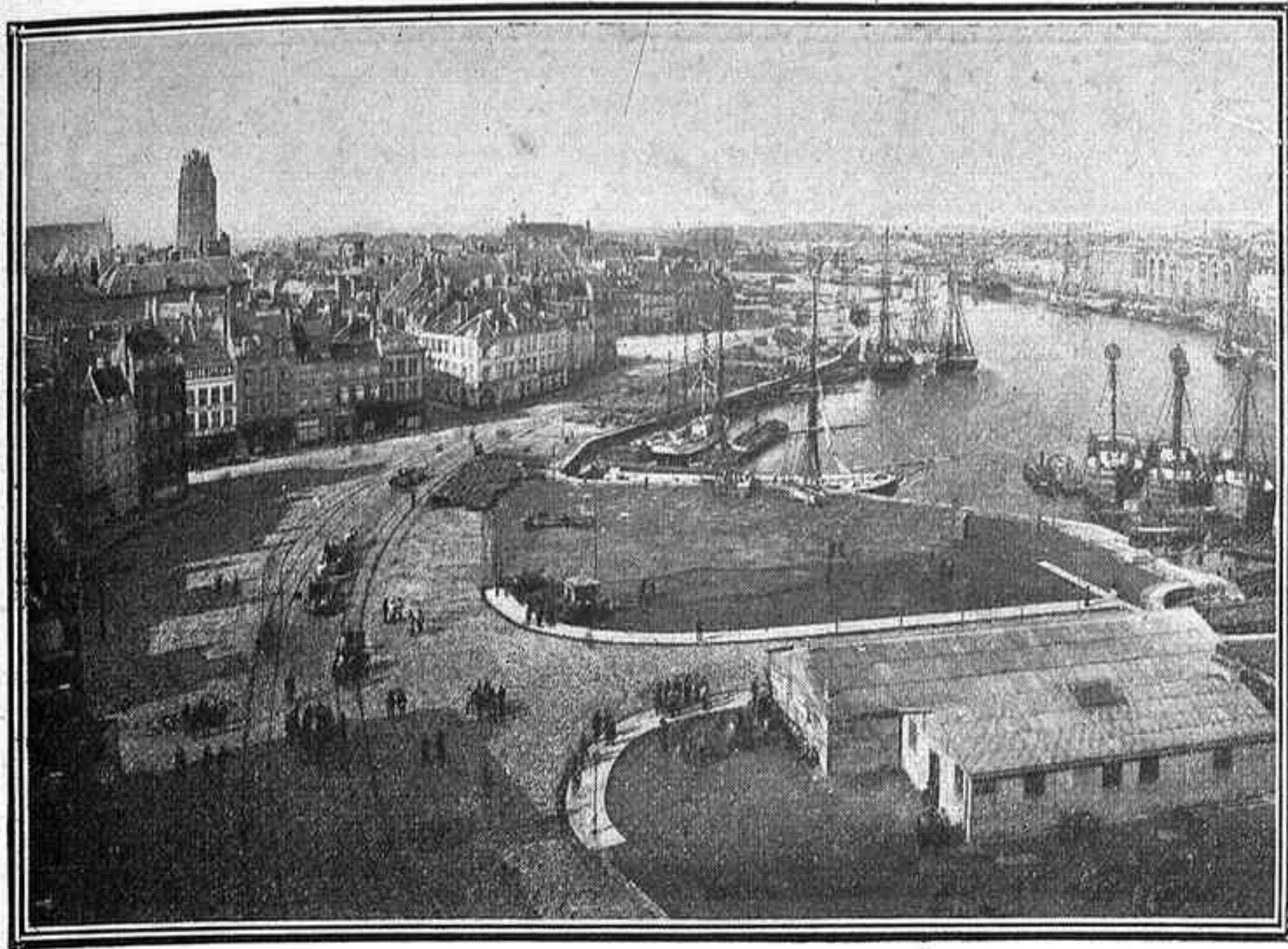
Calderón figuraba entre los propietarios más ricos de Córdoba. Sin contar el papel del Estado y otros valores que tenía en cartera, poseía fincas rústicas y urbanas de gran rendimiento. Además era principal accionista de una sociedad minera de Linares, donde hacía y deshacía lo que le daba la gana, dejando cesantes á los empleados que le disgustaban y nombrando en su lugar á los que él favorecía con su alta protección.

Era hombre que no admitía observaciones de nadie, convencido de que el dinero lo puede todo, da derecho á todo y coloca por encima de todo al que lo posee.

Extremadamente sen-



VISTA DEL PALACIO DE COMPIÈGNE, EN DONDE RESIDIRÁN LOS SOBERANOS RUSOS DURANTE SU PERMANENCIA EN FRANCIA (de fotografía)



PUERTO DE DUNKERQUE, EN DONDE DESEMBARCARÁN LOS SOBERANOS RUSOS
(de fotografía)

quilina, empezó á hacerle la corte, comprometiéndose á no cobrarle el alquiler si ella aceptaba sus galanterías.

La muchacha se contuvo á fin de no reírse en las barbas, ó mejor dicho, en la afeitada cara del mofo seductor, limitándose á contestarle que agrade-

gradablemente sorprendido por una pequeña herencia. Entonces comunicó su proyecto á Carmen, que lo aprobó sin objeción alguna.

- Dentro de un año y un día, dijo Gómez á su novia, dejaré á Calderón libre de vivir ó de morir como le dé la gana; pero hasta entonces, me pertenece.

Carmen contó á su novio las proposiciones de Calderón y la manera enérgica con que ella las había rechazado.

Juan Gómez, como buen andaluz, era muy vivo de genio, y aplaudió la conducta de la muchacha, aunque le costaba la cesantía. Pero prometió vengarse.

Pasado el primer momento de cólera, Juan se entregó á profundas reflexiones, concibiendo los proyectos más extravagantes para castigar á Calderón. De pronto, se dió una palmada en la frente. Había dado con el medio de turbar la tranquilidad de su ex principal. El único inconveniente con que tropezaba era la falta de dinero. Pero la casualidad, que es á veces tan oportuna, vino á allanar el obstáculo. Poco tiempo después de haber sido despedido de la oficina, fué

Por la noche, en el teatro, únicamente les separaban dos butacas. Calderón salió en el primer entre-acto y siguióle Juan, que volvió á entrar al mismo tiempo que él.

Aquella persecución se repitió todos los días. En viendo á Calderón, podía uno asegurar que Gómez andaba cerca. El antiguo escribiente se había convertido en la sombra del que fué su amo.

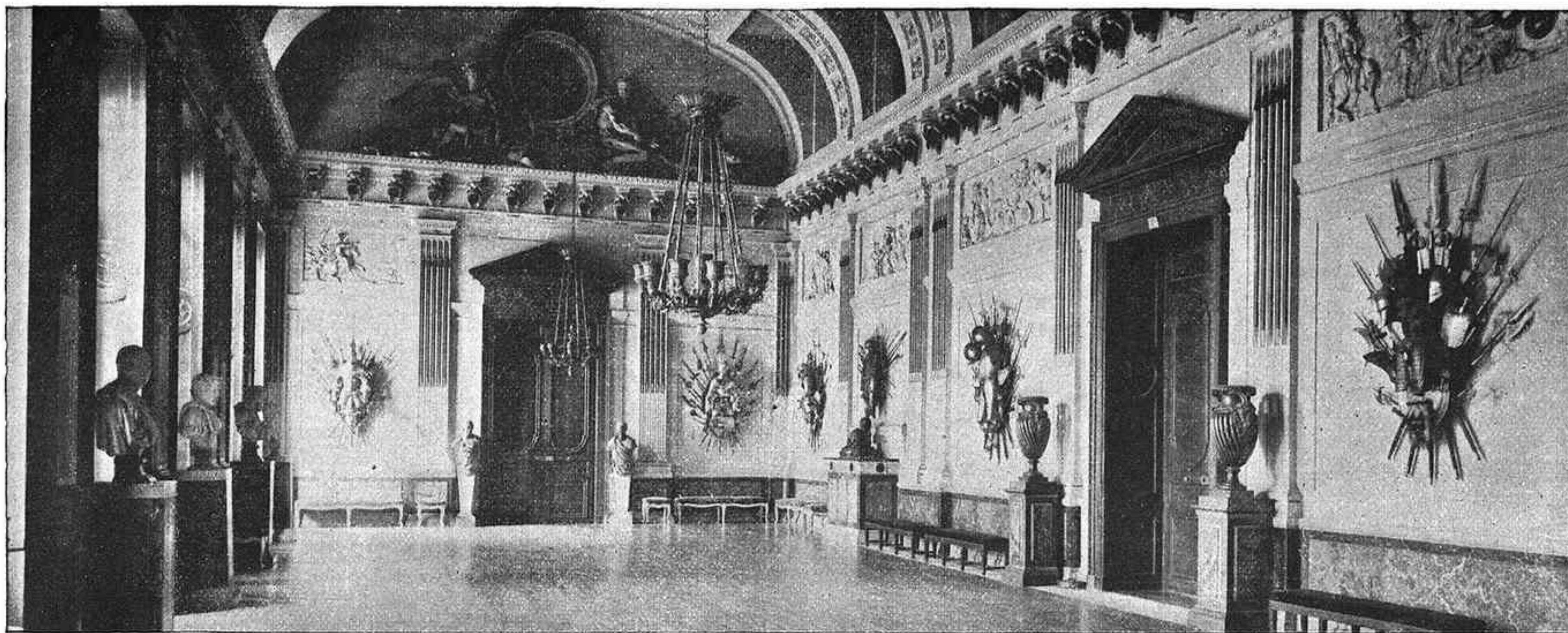
El rico cordobés vivía en una perenne pesadilla. Al recogerse, por la noche, miraba debajo de la cama, temeroso de encontrar allí oculto á su perseguidor. Ni aun durmiendo se veía libre de él, pues soñaba cosas horribles en que intervenía siempre el implacable Gómez. En sus pesadillas, solía soñar que el novio de Carmen se le sentaba encima del pecho, y el peso del joven le ahogaba.

Deseando escapar á la persecución del joven, fué á dar cuenta de ella al gobernador civil.

- ¿Qué quiere usted que le haga?, objetó el representante del gobierno. Ese joven no le ataca, ni le insulta, ni le ofende en lo más mínimo. El día que cometa con usted el menor delito, avíseme, y le aplicaremos severamente la ley. Mientras tanto, no hallo medio de castigarle por encuentros casuales y meros saludos.

- ¡Meros saludos!.. ¡Encuentros casuales!.., refunfuñó Calderón. Diga usted que ese mozo me mata á fuego lento. Si esto continúa, no sé lo que va á ser de mí. ¡Esto no puede continuar! ¡En quince días he perdido diez kilos de peso!..

No pudiendo resistir más tiempo aquella persecución, se decidió á emprender un viaje, pensando que así escaparía al suplicio á que le tenía condenado su



PALACIO DE COMPIEGNE. SALÓN DENOMINADO DE GUARDIAS

cía mucho su generosidad y su fineza, pero que tenía un novio con quien pronto iba á casarse.

Calderón no se dió por vencido.

- Razón de más, hermosa mía, replicó. Una muchacha sin dote hace un papel desairado. Si quieres, yo me encargo de dotarte...

Carmen tuvo rabiosas ganas de echar de su casa á Calderón; pero reflexionando que no le convenía indisponerse con él, revistiéndose de paciencia y dijo con aire de candor:

- Todo el mundo sabe en Córdoba lo bueno y caritativo que es usted. Sus empleados le consideran como un padre; y puesto que usted se digna interesarse por mí, se alegrará de saber que mi novio es uno de los escribientes de la sociedad minera de que es usted presidente.

- ¡Ah! ¿Y cómo se llama?

- Juan Gómez.

- ¿Juan Gómez?... ¡Buen muchacho!.. También merece mi protección... Lo dicho... Abreme la puerta esta noche y cuenta con una dote de diez mil reales.

La rubita no pudo contenerse por más tiempo. Rojas las mejillas, chispeantes los ojos, trató á su casero de miserable, echándole en cara su cobardía y su estupidez, que consistían en insultar á la pobreza y en no saber distinguir á las muchachas honradas de las que venden su honra por un puñado de oro. Le empujó tan bruscamente hacia la puerta, que el hombre perdió el equilibrio y rodó por la escalera.

Levantóse Calderón con más susto que daño, pero furioso, humillado y confuso.

Al día siguiente, Juan Gómez se encontró con la cesantía en las oficinas de la sociedad minera, y Carmen recibió la orden de desocupar su cuarto, con el pretexto de que no había pagado el alquiler del último mes vencido. El casero vengaba al pretendiente despedido.

- Dentro de un año y un día, me encontrarás dispuesta á casarme contigo, contestó Carmen. Poco importa que gastes toda la herencia en el suplicio de ese hombre. Somos jóvenes y el porvenir es nuestro.

Pocos días después, los vecinos y amigos del joven andaluz le vieron con asombro elegantemente vestido, paseándose como un rentista y frecuentando los sitios de buen tono.

Calderón, que era muy aficionado á los placeres, no tardó en encontrarse en el café, en el teatro, en el casino, en todas partes, con su antiguo empleado. Juan le saludaba siempre quitándose el sombrero y haciéndole una profunda reverencia. Este saludo iba acompañado de una irónica sonrisa.

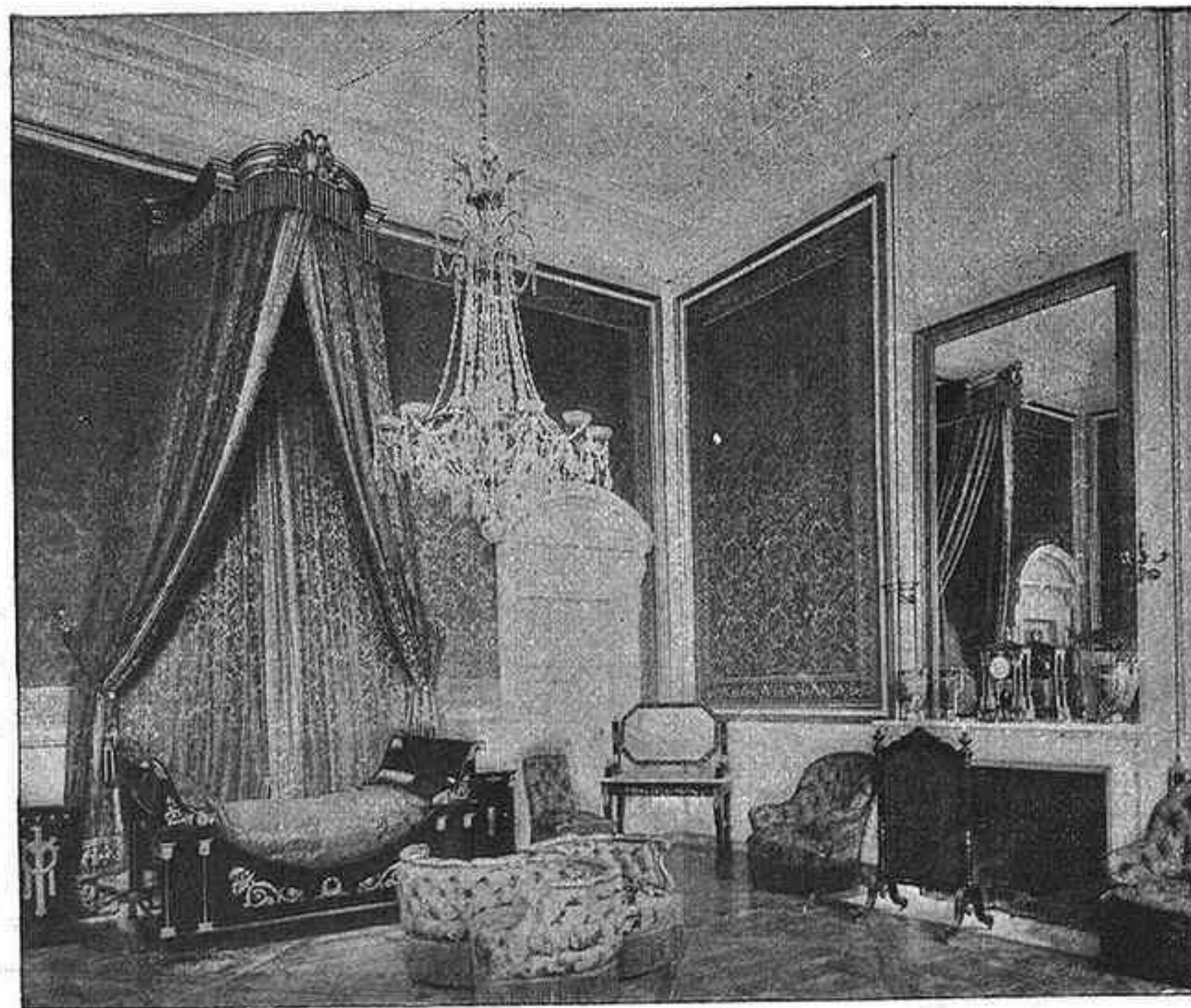
Al principio, Calderón le correspondió con un encogimiento de hombros. Después le miró de reojo, sospechando alguna burla. Y cuando esta sospecha se convirtió en convicción, la rubicundez de su rostro subió de color hasta el carmesí.

Una tarde nuestro hombre fué al paseo, y cada vez que Gómez se cruzaba con él, le saludaba con un sombrero, una reverencia y una sonrisa. Calderón rabiaba cada vez más. Los paseantes, que eran en gran número, por ser día festivo, no tardaron en observar la *guasa* de Gómez, y se reían tocándose mutuamente con el codo.

Calderón se refugió en un café. Momentos después, Gómez se sentó en la mesa del lado.

ex escribiente. Estaría fuera un mes ó dos, un año, si era preciso, y si esto no bastase, cambiaría de residencia, renunciando para siempre á su país natal. Todo antes que volver á sufrir tan horrible pesadilla.

A Calderón se le habían metido ideas lúgubres en la cabeza. Con frecuencia le parecía que se aproximaba la hora de su muerte, y entonces le preocupaba la distribución de su fortuna. ¿En favor de quién iba á testar? No tenía herederos forzosos. Sin mujer, ni hijos, ni parientes en quien pensar, empezó á germinar en su mente una idea extraña, y no



PALACIO DE COMPIEGNE. DORMITORIO DESTINADO AL TSAR NICOLÁS II





BALADA, cuadro de E. Goebeler



J. Cafferi.

UNA SIRENA, cuadro de J. Cafferi

paró hasta formularla en su testamento. El notario que otorgó el acta sospechó que su cliente estaba á punto de perder la razón. El caso no era para menos, pues Calderón nombraba heredero universal de todos sus bienes presentes y futuros á la primera persona que tocara su cadáver.

Calderón hizo rápidamente sus preparativos de viaje y partió á la chita callando en un tren de la noche.

Se detuvo en Madrid. ¡Qué dicha si había logrado despistar á su perseguidor, sin necesidad de ir más lejos!

Los conciertos del Retiro atraían entonces, por la noche, á las mujeres más elegantes de la corte. El corazón de Calderón se dejó prender en las redes de una hermosa alumna del Conservatorio, que aceptó sin grandes repulgos algunos helados con barquillos.

En ocho días se fué olvidando de Juan Gómez, y si alguna vez lo recordaba, era para reirse de los terrores que le había causado su ridícula persecución.

Sin embargo, una noche, al entrar en el Retiro, retrocedió como herido por un rayo. Gómez había surgido en su presencia, como por encanto, con su irónico saludo y su sarcástica sonrisa.

La persecución se renovó en Madrid más encarnizada que en Córdoba. A los pocos días, todo Madrid se divertía con los saludos de Gómez y los gestos de Calderón.

El cordobés apeló de nuevo á la fuga. Pero esta vez no logró burlar la activa vigilancia del vengativo joven. El tren en que huía la víctima, se llevaba también al verdugo.

Nuevo Judío Errante, Calderón fué á París, á Londres, á Roma, á Berlín... En todas partes encontraba á Gómez con su eterna sonrisa y su eterno saludo.

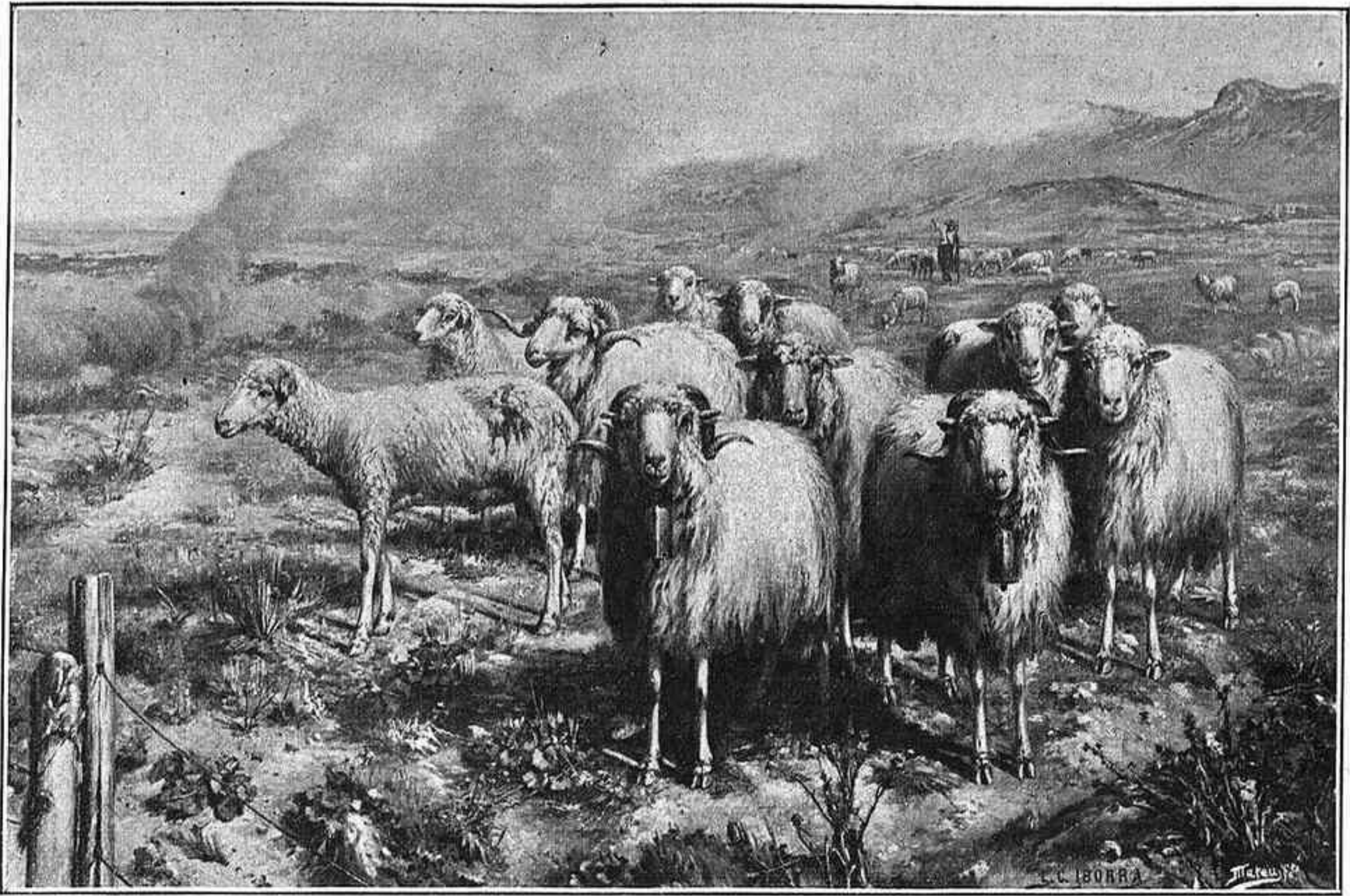
Calderón había perdido el color y el apetito; estaba flaco y avejentado. Desde que le perseguían, había dejado él de perseguir á las mujeres. La locura empezaba á escharbarle los sesos. Pensaba seriamente en el suicidio. La muerte era preferible á aquella obsesión perpetua.

Por fin, á fuerza de estratagemas y de oro, consiguió despistar de nuevo á Gómez, y fué á enterrarse en vida en una aldea perdida en los montes de Navarra.

Un día se aventuró á hacer una excursión al Pirineo, y partió acompañado de un guía. En una escarpada senda, entre dos precipicios, Calderón vió á un hombre que se le acercaba, precedido de otro guía. La senda era estrecha. El turista saludó á Calderón

cintura, como medida de precaución, y bajó al precipicio. No tardó en llegar al lado de Calderón, pero no consiguió extraer más que un cadáver.

lograrlo no ha necesitado el pintor apelar á recursos artificiosos, á procedimientos simbolistas, como es frecuente en casos semejantes, sino que ha sabido armonizar magistralmente lo ideal del concepto con lo real en la manera de exteriorizarlo.



JUNTO Á LA VÍA, cuadro de Lino C. Iborra, premiado con consideración y honores de tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1901

Transportado á Córdoba, éste fué enterrado con la pompa natural.

Gómez había vuelto y contaba á Carmen la historia de aquella desgracia.

— Nadie te culpa, le decía su novia; todo el mundo sabe aquí el mal que nos causó y nadie ignora que arriesgaste tu vida por bajar á sacarlo del abismo.

Juan, que había gastado su herencia en perseguir á su antiguo amo, buscaba un empleo con que poder vivir y casarse con su Carmencita.

Grande fué la sorpresa con que recibió aviso de un notario para que fuese á tomar conocimiento de las disposiciones testamentarias del difunto.

— ¿Es usted quien bajó á extraer de un barranco á su antiguo amo? ¿Es usted quien le tomó en brazos y procuró volverle á la vida? Así lo han declarado los testigos...

— Sí, señor, contestó Juan sin salir de su asombro.

— Entonces es usted el único heredero de Calderón, según su última voluntad, expresada en este testamento.

Y el notario se lo leyó de cabo á rabo.

Juan Gómez se ha casado con Carmen. Ahora es él quien posee valores en cartera, fincas rústicas y urbanas, y es el principal accionista de la sociedad minera de Linares y el casero de la antigua costurerilla.

JUAN B. ENSEÑAT.

NUESTROS GRABADOS

Ensueño, cuadro de J. Pinós y Comes. (Salón Parés.) — Recientemente nos cupo la suerte, gracias á la galantería del Sr. Pinós y Comes, de poder reproducir en esta Revista una de sus más importantes obras. Con tal motivo, consignamos algunas apreciaciones respecto de las aptitudes y condiciones que á nuestro juicio posee el distinguido cuanto laborioso artista á que nos referimos. De ahí, pues, que hoy entendamos que hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del agradabilísimo estudio cuya copia publicamos en este número, ya que á este género especial debe su autor la notoriedad alcanzada y la justa fama de que goza.

Balada, cuadro de E. Goebeler. — Basta saber lo que es la balada para comprender la valía del cuadro de Goebeler que reproducimos. La característica de esta composición poética es la narración de un suceso legendario, fantástico, mitológico, ó la descripción de una escena sencilla, plácida, sentida, y en ella predominan el elemento lírico, un sentimiento vago y melancólico y á veces una idea filosófica y profunda. En la balada el poeta expresa su emoción personal, exterioriza sus ensueños, canta en inspiradas estrofas sus más delicados afectos y sus aspiraciones hacia nobles ideales, siendo en suma un género, aunque aparentemente objetivo, esencialmente subjetivo en el fondo. Difícil en extremo ha de ser, por consiguiente, para el artista sintetizar en una figura los tenues matices que constituyen el estado de ánimo que la balada traduce; es preciso para ello sentir mucho y muy hondamente, y poseer un gran dominio de la técnica, para que la mano obedezca fielmente á los impulsos del corazón y para que al dar forma material á esa noción abstracta desaparezca, por decirlo así, lo corpóreo quedando, si no solo, por lo menos en muy principalísimo término, el elemento puramente espiritual. Este efecto es el que ha conseguido el autor del lienzo que nos ocupa, trazando una figura en cuya expresión se admira el más bello idealismo; y este resultado es tanto más digno de encomio cuanto que para

Junto á la vía, cuadro de Lino C. Iborra. — El autor de este cuadro, natural de Santoña y residente en Madrid, estudió en la Escuela especial de Pintura y ha obtenido varias recompensas en las exposiciones celebradas en la corte en 1892, 1895, 1899 y 1901, habiendo el Estado adquirido el lienzo suyo premiado en 1899 para hacerlo figurar en el Museo de Artistas contemporáneos. Los asuntos predilectos de este pintor son escenas de animales, que desarrolla en su tamaño natural y que son admirables por su verdad, pudiendo figurar Iborra entre los mejores artistas españoles que cultivan este género. Sus lienzos tienen la tonalidad y la luz de las regiones meridionales, dominando siempre en ellos las vigorosas notas de color de la buena escuela española, y son muy apreciados en el extranjero, en donde tienen fácil salida y han merecido varias recompensas. Trabajador infatigable, á pesar de su laboriosidad apenas puede atender á los muchos encargos que de todas partes se le hacen, ocupándose actualmente en pintar una porción de obras encargadas por algunos capitalistas santanderinos. El cuadro que en esta página reproducimos permite formarse cabal idea del talento y de las aptitudes del artista: aquel rebaño de carneros y de ovejas que espera con curiosidad el próximo paso del tren, están tratados con gran verdad, y el paisaje constituye una bellísima nota de luz y de color y un acertado estudio de perspectiva.

La sirena, cuadro de J. Caffieri. — Los que exigen del artista que se cifra á pintar únicamente lo que ve ó lo que sinceramente siente pecan, á nuestro modo de ver, de un exclusivismo hasta cierto punto censurable. En materia de bellas artes, nada tan expuesto como querer sentar leyes invariables y cánones estrechos, ya que en ellas caben todos los géneros, y no es seguramente de los que menos obras maestras han producido aquel en que la imaginación prevalece. Déjese, pues, que el pintor siga la senda que mejor se acomode á sus aficiones y á sus aptitudes, y apláudase lo mismo al que cultiva el realismo que al que se deja llevar de su fantasía, siempre y cuando uno y otro, teniendo por norma el culto de la belleza, sepan despertar la emoción estética en los que contemplan sus obras. El cuadro de Caffieri es uno de tantos argumentos como pueden aducirse en pro de esta teoría de tolerancia: si juzgáramos solamente por lo que la razón nos dicta, si sólo hubiésemos de admitir la verdad real y positiva, ¿podríamos hallar explicación y por ende aceptar como bueno este lienzo, que además de inspirarse en un asunto falso lo presenta de una manera inexplicable, ilógica, imposible? Y sin embargo, *La sirena* del celebrado pintor italiano es una composición bellísima, que produce en nosotros una impresión agradable, ante la cual cedan todas las consideraciones más ó menos especiosas y se confirma una vez más lo que, hablando de estas y otras semejantes cosas, han dicho reputados críticos: que en literatura y en bellas artes no existen más que dos géneros, el bueno y el malo.

MISCELÁNEA

Teatros. — En el teatro Solís, de Montevideo, se ha estrenado con gran éxito por la compañía Guerrero-Díaz de Mendoza un nuevo drama de D. José de Echegaray, titulado *Malas herencias*.

— En las Arenas de Beziere se ha estrenado con gran aplauso el baile *Bacchus mystifié*, de Max de Ollone. El célebre compositor Sains Saens ha prometido concluir para el año que viene la música del drama *Parysatis*, de Jane Dieulafoy, que se cantará también en las Arenas.

Necrología. — Han fallecido:

Edmundo Audrán, notable compositor francés, autor de gran número de operetas, entre las cuales figuran las populares *La Mascota* y *Miss Helyett*.

Julia Hausmann, inspirada poetisa rusa.

Ricardo Kleinmichel, celebrado compositor alemán.

Esteban Patru, notable historiador suizo, conservador de la Biblioteca Municipal de Ginebra.

Gunnar Wennerberg, poeta y compositor sueco.



ENSUEÑO, cuadro de J. Pinós y Comes. (Salón Parés.)

con una profunda reverencia y una diabólica sonrisa, quitándose el sombrero hasta los pies.

¡Era Juan Gómez!

Calderón retrocedió dando un grito... y rodó al fondo de un barranco.

Juan le vió despeñarse con dolorosa sorpresa y experimentó en el alma un vivo remordimiento. La broma había tenido un trágico desenlace en que él nunca pudo pensar.

Juan tomó en seguida disposiciones para salvar á su víctima; pero el peligro era grande. Justamente en aquel sitio se temía un desprendimiento de rocas colosales, y los guías no se atrevían á bajar en busca del despeñado.

Gómez no vaciló. Se hizo atar una cuerda por la

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

El temblor de su voz revelaba el íntimo tormento que había sufrido durante tantos meses y que aún le desgarraba el alma al contar brevemente su corta y dolorosa historia: el amor que penetró insensiblemente en ella; sus esperanzas confusas; luego la perturbación moral determinada por la señora de Wrantz y la revelación del verdadero nombre de Norberto; la declaración del escultor y la aversión creciente de Farguet; la historia del modelo; la estratagema imaginada por Norberto Dys á fin de procurar una suprema alegría al agonizante; la nefasta casualidad que hizo descubrir el engaño; la furiosa exaltación de Farguet y la horrible escena de su muerte, cuyo recuerdo la perseguía...

— ¡No había más remedio que prometer... y prometí!, exclamó con voz quebrantada por la desesperación.

— ¡Le diste tu promesa!.. ¡Dios de misericordia!..

— ¡Sí!.., repitió Magdalena ocultando el rostro entre sus manos. ¡Le dí mi promesa!

— ¡Pobre Magdalena! ¡Y has tenido que llevar sola el peso de ese terrible secreto!.. Y entonces... ¿cuando él volvió?..

— Cuando volvió ¿qué iba yo á decirle, sino adiós para siempre? Yo estaba medio muerta. No recuerdo de qué palabras me serví, ni de lo que pude hacer... Solamente sé que se enfureció... ¡y que se fué!

Estas últimas palabras, arrancadas de su pecho, las pronunció de una manera tan trágica, que Olimpia estremeciéndose.

Hubo uno de esos silencios que siguen á las grandes emociones, cuando el lenguaje no puede formular impresiones demasiado intensas.

— Magdalena, dijo tímidamente la solterona después de haber dado vueltas en su cabeza á lo que acababa de oír, ¿estás segura de no haberte precipitado un poco en tu manera de obrar, sin consultar á nadie?

— Mi conducta estaba bien trazada... ¡Yo había dado mi promesa!..

Articuló esta frase con una aspereza incisiva que no daba lugar á ninguna argumentación. Quizá se apresuraba á rechazar una idea que ya la había asaltado.

— ¡Pero tú le amabas!.. ¡Pero él te amaba á ti! ¡Eso es mataros moralmente á los dos!.. Y eso no puede ser, ¿entiendes?..

— ¡Era mi promesa! repitió la muchacha con esfuerzo. El compromiso contraído con un moribundo es sagrado...

Olimpia, demasiado agitada para permanecer en su asiento, se levantó y empezó á dar paseos por la habitación, tratando de discernir algo en la efervescencia de su pensamiento.

— Pero nos diría su opinión.

Magdalena volvió lentamente la cabeza hacia el lado opuesto de Olimpia y sus manos crispadas se abrieron. Todo su ser pareció desmayar aún más.

— ¿Para qué?.. Las cosas no cambiarán.

— ¡Pero sufres!.. ¡Y él también!

Magdalena se incorporó con una vivacidad inesperada, y una chispa apasionada cruzó por sus ojos azules.

— ¿El?.. ¿Qué sabes tú?.. ¿No ha tenido mil ocasiones de olvidar, mil distracciones que se han presentado para borrar hasta mi recuerdo? ¡Magdalena Farguet!.. ¿Qué es eso para él?.. ¡Ya no se acuerda, seguramente, de mí!..

Un brillo febril animó sus pupilas y se le encendió el rostro.

Olimpia quedó confusa ante aquel cambio brusco y se asustó de la excitación de la enferma.

— No te agites de ese modo. Eres injusta, Magdalena. Estoy segura de que te ama.

— ¡A cuántas habrá amado del mismo modo! ¡Y sabe Dios á cuántas amará todavía, sin contar su adoración permanente para la señora de Wrantz!

Había demasiado ironía en sus palabras para que las lágrimas no estuviesen próximas á brotar.

— ¡La señora de Wrantz!.. ¡Ay, hija mía, cómo te equivocas! ¡Si supieses con qué preocupación se alejaba de Ruillé, donde le era posible recibir noticias tuyas!.. ¿Crearás que venía aquí, todas las tardes, después que te hubiste marchado, so pretexto de que no habría podido dormirse sin haberme hecho rabiar un poco? Fumaba un cigarro en el banco, delante de la puerta. ¿Y de qué habíamos de hablar, un gran artista como él y una vejezona como yo, sino de ti?

— ¡Calla!.. ¡Calla! Magdalena se ahogaba al oír á Olimpia.

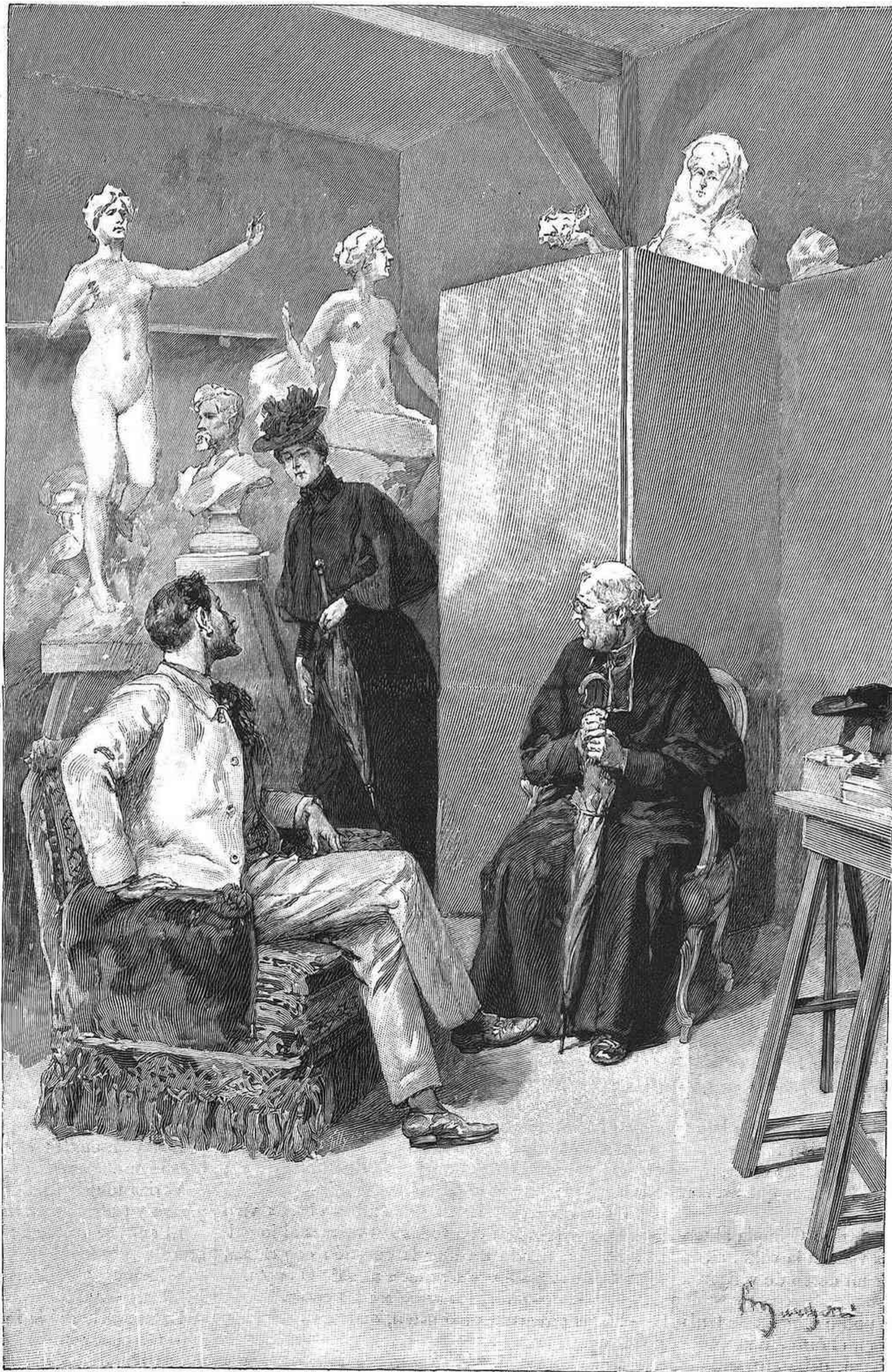
Todo lo que había querido alejar de sí, volvía á abrirla con amargo pesar.

— ¿Hice bien ó no?

Esta pregunta terrible se había inscrito mil veces con caracteres de fuego en las tinieblas, durante sus insomnios.

Y ahora que Olimpia enunciaba todas las objeciones que á menudo se habían suscitado en el fondo de su alma, renacía la duda.

— No es posible, siguió argumentando la solterona con energía; no es posible que dos criaturas vivas sean separadas por el capricho de un pobre agonizante, casi demente. Para consentir tan fácilmente en tamaño sacrificio, era necesario que tu afecto fuese muy débil.



— ¡Hasta la vista, Sr. Dys! ¡Buenos días, señor cura!

— Tu padre deliraba. Tú misma apenas eras consciente de tus actos... No, no puedo creer que semejante promesa sea valedera... Oye; no te enfades por lo que voy á decirte; pero ¿era muy laudable el sentimiento que animaba entonces á tu pobre padre?

Los dedos de la enferma atormentaron nerviosamente la colcha, mientras que sus ojos se desviaban. La animosidad mezclada de envidia que movía á Farguet contra el artista afortunado y célebre había sido manifiesta para todos.

— Si tú quisieras, repuso Olimpia algo indecisa parándose delante de Magdalena; si tú quisieras, hablaríamos de todo esto al señor cura...

— No, exclamó la muchacha con súbito rubor. Sufrir no es ningún pecado.

— Al contrario, dijo sordamente Magdalena. ¡Le quería demasiado!.. Por eso, sobre todo, retrocedí... Temí ser algún día menos amada... temí que otras me robasen su cariño... Preferí renunciar... creyendo curar pronto... Pero el mal había echado profundas raíces... ¡Y fué muy doloroso arrancar ese cariño de mi corazón!.. Pensé que me costaba la vida... Pero esto hubiera llegado tarde ó temprano, con una sentimental tan necia como tu Magdalena... No me hables más de eso, Olimpia...

Al decir estas últimas palabras, imploraba á su prima con los ojos.

Olimpia contuvo la exuberancia de su generosidad, pródiga en consuelos, comprendiendo lo imprudente que sería hacer concebir á Magdalena quiméricas esperanzas. Cesó en sus preguntas y comentarios, á fin de que la muchacha pudiese reponerse de sus emociones.

Tan pronto como hubo salido del cuarto, se puso resueltamente un sombrero de paja, negro y de anchas alas, para resguardarse del sol, que ya picaba, y se fué al pueblo.

Encontró al cura de Ruillé en la carpintería, donde pulimentaba con ardor un tablero para el coro.

— Señor cura, le dije de buenas á primeras, ¿no tiene usted hace tiempo el propósito de ir á París para ver la basílica del Sagrado Corazón y comprar algunos objetos para la iglesia? El momento sería oportuno.

Asombrado de semejante proposición, el padre Vergeau dió tregua al cepillo y secóse con el dorso de la mano el sudor de la frente.

— Probablemente haré ese viaje en septiembre.

— ¿Por qué no en seguida? En septiembre no tendrá usted quizá tantas probabilidades de encontrar al Sr. Norberto.

El cura se puso colorado, porque no había confiado á nadie aquel secreto propósito. Su simpatía por el escultor persistía, á pesar del aparente olvido de Norberto, y la esperanza de volverle á ver, de tener con él una explicación categórica sobre el problema que en vano trataba de resolver, entraba por mucho en su proyecto de viaje, de que había hablado vagamente al amor de la lumbre, en las veladas de invierno.

Demasiado franco para defenderse, contestó acariciándose la barba con embarazo:

— La verdad es que quisiera saber á qué debo atenerme acerca del bajo relieve. ¿No es un crimen abandonar semejante obra?.. Cierzo que yo hubiera podido escribir... Ignoro las señas de su domicilio, pero con poner *Norberto Dys, escultor*, me parece que la carta había de llegarle.

— ¡No!, no escriba usted. Nadie sabe el humor en que una carta va á encontrar á la persona á quien va dirigida. Además, las palabras escritas no dicen la mitad de las cosas. Vaya usted á París, y al mismo tiempo haga usted celebrar en Nuestra Señora de las Victorias diez misas por la curación de un alma y de un cuerpo enfermos.

— ¿Por Magdalena?

— Sí, por Magdalena... ¡Ay, señor cura, lo que esa muchacha viene padeciendo desde hace meses, no es para dicho! En su lugar, yo me hubiera vuelto loco... Déme usted un consejo, porque no sé qué pensar.

La señorita Taccart refirió todo lo que le había confesado Magdalena con una emoción tan comunicativa, que el cura tuvo que sonarse varias veces, para tener ocasión de enjugarse las lágrimas que asomaban á sus ojos.

— ¿No opina usted como yo?, dijo Olimpia al terminar. ¿Hay que inmolar dos vidas á la voluntad de un moribundo impulsado por un deseo de venganza póstuma?

— La verdad es que ese pobre Farguet le tenía mucha envidia á Norberto. Y en el otro mundo, donde las malas pasiones se calman, debe arrepentirse seguramente de haber exigido un sacrificio que mata á su pobre hija. Pero, por otra parte, ¿no sería un presentimiento misterioso, de esos que á menudo dan á los moribundos una especie de don profético? Sabe Dios si quiso sinceramente poner á Magdalena al abrigo... Después de todo, nada sabemos de la vida habitual de Norberto Dys..., que siempre me pareció un muchacho bueno y franco. ¡Pero, usted sabe, los artistas!..

— Sí, convendría averiguar... Sin embargo, estoy segura de que Magdalena hubiese ejercido sobre él una influencia de las mejores... ¡Y sabe Dios á qué excesos reprobables le entregó al rechazarlo!

— Es verdad. Todo es de temer con esas naturalezas generosas, pero violentas.

— ¡Ah! Si las portezuelas de los coches de alquiler y de los trenes estuviesen hechas á mi medida, si no temiese derretirme como la manteca antes de llegar

á mi destino, yo misma iría á París y averiguaría lo que hace el Sr. Norberto. Cuando leo alguna novela y veo corazones como esos, separados por una mala inteligencia, me exaspero y grito: «¿Pero no habrá una buena alma que ponga en claro las cosas y junte á esas dos criaturas de Dios, hechas una para otra?»

Después de una pausa, continuó con ansiedad, bajando la voz:

— ¡Pero usted, señor cura, usted que verá á Norberto Dys!..

El padre Vergeau se puso encendido como una grana y dijo con aire casi severo:

— ¿Qué quiere usted decir?

— Quiero decir que San Vicente no hubiese vacilado un momento, en iguales circunstancias... Quiero decir que se necesitaría tener un corazón de piedra para permanecer indiferente en presencia de semejante infortunio. De todas maneras, es preciso que el Sr. Dys sepa la causa del desaire que recibió. Está disgustado con ella y la acusa, cuando la pobre muchacha sufre tanto por él. Es una misión de caridad, y nada hay en eso que sea indigno de su carácter de sacerdote.



El cura pasó con su fiel paraguas y su saco de noche

El padre Vergeau distaba mucho de tener un corazón de piedra. Las palabras de Olimpia le conmovieron más de lo que demostraba, sobre todo cuando la buena señora le hizo ver con persuasiva elocuencia á la pobre Magdalena camino de la muerte y á Norberto camino de la perdición.

El excelente cura sentía por ambos el más vivo interés. Pero resistía con todas sus fuerzas al impulso ajeno, queriendo meditar la cuestión con calma, lejos de las sugerencias sentimentales de Olimpia.

— Esperemos que Dios arreglará las cosas.

— Sí, las arreglará; pero usted, que es su servidor, puede contribuir al arreglo.

Esto dicho, la Taccart se marchó, dejando al cura entregado á sus reflexiones.

XIII

Oyóse el canto de un gallo.

Aquel ruido familiar sacó al padre Vergeau de su sopor.

No tenía más que abrir los párpados para ver la ventana bañada por la luz del alba y las palomas posadas en el reborde.

Iba á disiparse el sueño extraño en que se sentía zarandeado, comprimido, ahogado, en un vagón de tercera, entre un soldadito y una enorme labriega.

Pero antes de haber entreabierto los ojos, un estornudo vecino, un fuerte olor de embutidos con ajos y el silbido de la locomotora que volvía á emprender la marcha le convencieron de que aquel sueño era la sorprendente realidad.

Encontróse sentado en el centro de la banqueta, con las manos apoyadas en el puño de su paraguas.

Recobró la memoria de los hechos, en tanto que las cercanías de París desarrollaban su ahumado paisaje á través de la portezuela.

Después de laboriosas tergiversaciones, había partido al fin, en un curioso estado de alma, suscitándose á sí mismo toda clase de excelentes pretextos para ocultarse el verdadero objeto de su viaje.

Pero mientras procuraba ocupar su pensamiento en otros asuntos, en medio del ruido del tren, insistentes voces murmuraban maliciosamente: «¡Norberto Dys! ¡Norberto Dys! ¡Magdalena!»

— ¿Qué le diré? ¿Cómo me recibirá? ¿Lograré verle siquiera? Y aun cuando le vea, ¿podré descubrir lo que piensa? ¡Oh, no seré yo el primero en hablarle de eso!.. Pero ¿cómo sabré yo si... si abrigaba realmente un cariño duradero?

Todas estas cuestiones daban vueltas en la cabeza del cura, manteniendo su ansiedad.

...¡Montparnasse!.. Aperturas, empujones, gentes que corren, otras que se buscan, y encuentros, y saludos, y abrazos, y las preguntas de los empleados del resguardo: «¿Tiene usted algo que declarar?»

Sí, el padre Vergeau podía declarar que estaba pasmado, aturdido, molido y singularmente excitado.

Pero á los consumidores no les interesa más que el contenido de las maletas.

El cura pasó con su fiel paraguas y su saco de noche, que no contenía más que un poco de ropa blanca y libros de rezo.

Mientras el *fiacre* rodaba por la calle de Rennes, en medio de los vehículos de todas dimensiones y formas, que se cruzaban con él ó le pasaban delante, el padre Vergeau, maravillado de la novedad del espectáculo, admiraba la habilidad de los cocheros de París.

El tío Tommery hubiera tenido veinte choques en aquel trayecto. La carretera nacional resultaba estrecha cuando se encontraban dos carruajes.

Aquel vaivén desenfrenado distraía al buen cura de su preocupación dominante; pero desde el momento en que se encontró solo, en el cuarto de la fonda del barrio de San Sulpicio, recomendado á los señores sacerdotes, su idea fija se le impuso con tal violencia, que comprendió que el mejor medio de librarse de ella consistía en llevar á cabo desde luego su atrevida empresa.

Púsose resueltamente el sombrero, bajó al comedor, se hizo servir una taza de caldo, consultó el Bottin, grabóse en la memoria las señas de Norberto, preguntó la dirección que había de tomar y partió en el acto.

Pero su primera visita en París había de ser para su Divino Maestro, y el padre Vergeau entró en San Sulpicio para dar gracias á Dios por su feliz viaje é implorar la luz celestial.

Reconfortado física y moralmente, atravesó el jardín del Luxemburgo, admirando aquellas bellezas, á pesar de la tensión de su espíritu.

«¿Qué admiraría Dys en Ruillé, cuando en París la naturaleza era mil veces más hermosa?» pensaba el cura, que resolvió volver á la mañana siguiente á leer su breviario, después de la misa.

Salió del jardín, y tomó una gran vía, cuya larga perspectiva le desalentó muy pronto, á pesar de su agilidad.

Los transeúntes eran menos elegantes y menos presurosos.

Varias mujeres hablaban, sentadas en bancos de piedra y rodeadas de chiquillos.

El cura se acercó á una de ellas, quitóse el sombrero y preguntó:

— Señora, ¿podría usted indicarme la calle de las Plantas?

La mujer le dió la indicación pedida.

— Gracias, señora.

... Calle de las Plantas...

El cura de Ruillé dió algunos pasos y se caló las gafas para descifrar los números. ¡Ah, 17! ¡Allí era! De pronto le tembló el corazón... Iba hacia lo ignoto... ¡El hombre es tan variable!.. Ojos que no ven, corazón que no siente. Apelando á todo su valor, entró en la casa con la resolución desesperada del que se echa al agua sin saber nadar.

Una imponente señora apareció á la puerta y dejó caer sobre él una mirada indiferente.

— Señora, ¿es aquí la portería?, preguntó el cura, en mal hora asediado por sus reminiscencias de seminario.

La matrona se puso encendida como una ampolleta.

— ¿Querrá usted decir la conserjería? ¿Qué se le ofrece á usted?

— ¿Tendría usted la bondad de decirme en qué piso vive el Sr. Norberto Dys?

— ¡Norberto Dys!.. A Dios gracias, no vive en la casa ese señor.

Y sin dar más explicaciones, la señora portera se encerró en su chiribitil.

El padre Vergeau quedó sin sentido. ¿Qué reputación escandalosa no tendría el artista, para que aquella señora se felicita de no tenerle por inquilino?

Iba á retirarse, cuando sintió que le tocaban ligeramente en el brazo.

Volvióse y se encontró en presencia de un joven de aspecto enfermizo é inteligente y de melenas rubias.

— Usted dispense, señor cura; pero al entrar oí su coloquio con nuestra perra de presa. Norberto Dys cometió la irreverencia de burlarse de la vengativa señora Chafour..., y no tuvo más remedio que mudarse de casa. Se halla ahora magníficamente instalado en la calle Saint-Romain. Tenga usted la bondad de saludarle de parte de su admirador y antiguo vecino el violinista Harry.

— Con mucho gusto.

Esta vez, el cura tomó un coche.

Se había medio dormido, cuando el vehículo paró ante la puerta que le indicara el simpático músico.

Otro vestíbulo y otra portera.

Pero ésta le contesta con buenos modos:

— ¿El Sr. Norberto Dys? En el pabellón, al fondo del jardín.

Al fin llegaba al término de sus peregrinaciones.

Atravesó el patio, en cuyas ventanas cantaban pájaros enjaulados.

En el fondo de un jardincito se alzaba un pabellón rectangular, precedido de un pequeño peristilo, sobre el cual un enorme Buda hacía *vis à vis* con un gigantesco santo de madera carcomida.

Una rubia en traje muy llamativo hablaba en la escalera exterior con un joven de blusa blanca.

— ¿Me avisarás, entonces, cuando el amo necesite de mi gálibo?

Con el desesperado esfuerzo con que los mártires debían acercarse á las fieras, el padre Vergeau adelantóse hacia el extraño grupo que le veía llegar.

— ¿Está el Sr. Norberto?, preguntó el cura de Ruillé con un aplomo desmentido por un ligero temblor.

— ¡El Sr. Dys!, contestó el joven frotándose suavemente la nariz con el pincel que llevaba en la mano. El Sr. Dys está y no está. Me dijo que no quería que le molestasen, ni por el papa. ¡Conque!..

— ¡Déle usted mi tarjeta!, repuso el padre Vergeau elevando el tono de autoridad, resuelto á no naufragar en el puerto, á causa de aquel pequeño obstáculo.

El joven leyó la tarjeta, y con sus ojos de mono detalló al cura desde sus zapatos de hebilla hasta su alzacuello, sin olvidar el paraguas ni los espejuelos; y la idea de una farsa enorme germinó en su cerebro de pilluelo.

— Si es usted amigo, pase usted solo, le dijo con la idea de que aquel cura de aldea cayese de pronto como un aerolito en pleno taller.

El padre Vergeau se coló en la casa de rondón, sin oír las risotadas que estallaban detrás de él y sin fijarse en las curiosidades de la antesala.

Derecho como una bala de cañón, fué y abrió la puerta designada; levantó el cortinón y quedó deslumbrado por la claridad que caía sobre la multitud de estatuas.

Sorprendióle un grito; pero gracias á su miopia, no se dió cuenta de que su aparición acababa de ahuyentar á uno de aquellos fantasmas, que se ocultó detrás de una mampara.

— ¿Quién se atreve?.., exclamó una voz irritada.

Pero siguió una exclamación de asombro.

Una alta silueta, hasta entonces oculta por el andamiaje erigido en medio del taller, se adelantó, vi-

marcharía... ¡Alejandrina!, puede usted arreglarse para partir.

— ¡Gracias, Sr. Norberto!, exclamó una voz femenina, muy suave, detrás del biombo, al mismo tiempo que se oyó un discreto pero significativo rozamiento de ropa.

El padre Vergeau, en vez de hablar, hubiera querido marcharse. ¿Qué iba á hacer allí?

No era timorato el bueno del sacerdote, ni estaba neciamente asustado, pero comprendía muy bien que la profesión de artista tenía realmente exigencias lamentables.. Magdalena sufriría demasiado...

— Siéntese usted, señor cura, dijo Norberto dando el ejemplo. Dispense usted mi primer momento de sorpresa. Me cogió usted en pleno trabajo, y después de interrumpirlo, necesito siempre un rato para extinguir la fiebre.

— Siento mucho... Pero pasaba... y al pasar pensé...

Detívose porque comprendió que no daba pie con bola.

Norberto, que se le presentaba de perfil, se acariciaba maquinalmente la barba, rizada y corta, sin sacarle del apuro.

El biombo movióse, y más que nunca, el padre Vergeau tuvo rabiosas ganas de marcharse.

— ¡Hasta la vista, señor Dys! ¡Buenos días, señor cura!, murmuró la misma voz tímida de antes.

Y el rector, alzando la vista, que instintivamente había bajado, quedó sorprendido de hallarse en presencia de una joven de sencillo traje y apariencias modestas.

— ¡Hasta mañana, Alejandrina! A la misma hora.

Cuando la modelo hubo desaparecido, Norberto dijo al cura, que parecía lleno de sorpresa y de curiosidad:

— Esta joven viuda no hace de modelo en ninguna parte más que aquí. Y lo hace por dar de comer á sus hijitos.

— Preferiría para ella otro oficio.

— ¿Cual? ¿Cómo atender á la subsistencia de tres personas con el trabajo de una mujer? Toda profesión puede ejercerse honradamente. Claro está que sobre esto no podemos pensar de la misma manera.

Norberto se sonrió por primera vez, y el cura se serenó un poco.

— El modelo vivo no existe, añadió el escultor. La mirada se desliza sobre él, y en su lugar evoca la visión que se convertirá en estatua.

El cura de Ruillé no había venido en busca de una discusión estética. Comparaba tristemente la cordialidad de otra época y el actual embarazo de Norberto. ¿A qué se debía aquel cambio? ¿A la inexplicable negativa de Magdalena?

A toda costa quiso saberlo, y dijo al escultor, poniéndole la mano sobre la manga:

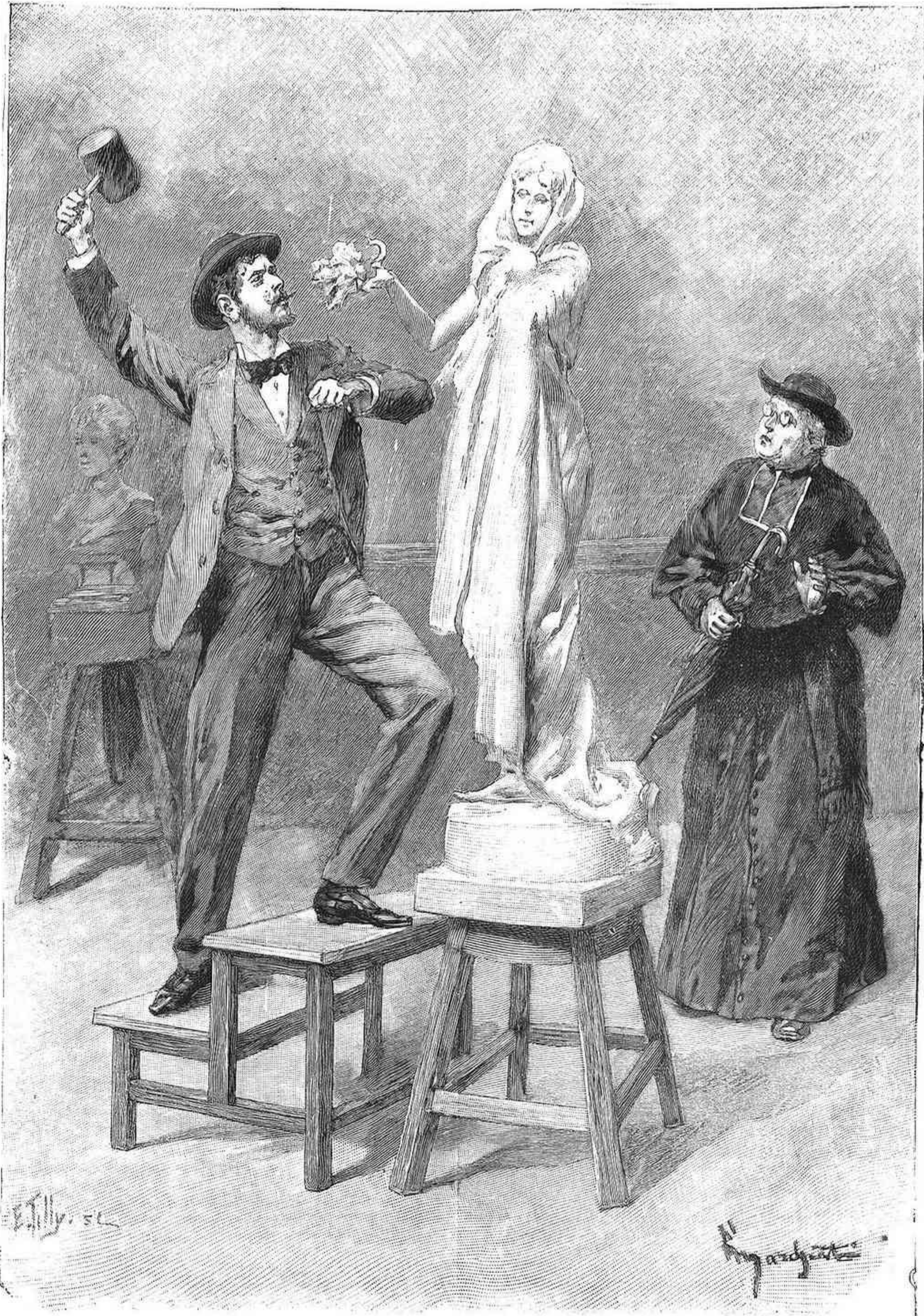
— Dígame usted qué hemos de hacer con su admirable bajo relieve.

El artista tuvo una especie de sobresalto, del cual se dominó en seguida y contestó fríamente:

— Lo que usted quiera.

El cura había sorprendido en sus negros ojos una llama pasajera.

— El punto es aún sensible, pensó el buen rector con alegría.



De un martillazo derribó la *Eterna Mentira*, que se aplastó á sus pies

gorosamente destacada sobre la luz ambiente, y el padre Vergeau reconoció á Norberto Dys, vestido de americana y pantalón de franela, salpicados de barro.

— ¡Señor cura!.. ¿Usted aquí?..

— ¡Ah, Sr. Norberto!.. ¡Cuánto me alegro!..

Y no pudo decir más.

Estrechó silenciosamente la mano al artista. Un gran desencanto le desanimó de súbito... Norberto le recibía sin una sonrisa. Sus modales no tenían ya su franca expansión; su mirada y su voz carecían del calor de antes. Su entrecejo fruncido y su palabra breve revelaban la violencia que se hacía. Y el pobre viejo, desconcertado, comprendió que no le sería posible hablar.

— Le molesto..., dijo dirigiendo una mirada á la obra en ejecución, mirada que desvió, no sabiendo en qué fijarse, en medio de tantas desnudeces, hasta que se refugió en el suelo.

— No, señor, dijo el artista. He trabajado ya bastante por hoy. Sería inútil continuar... La cosa no

dejó caer la cabeza sobre el corazón de su amigo recobrado.

- ¡Dios mío!, esas emociones me la van a matar!, exclamó Olimpia precipitándose. ¡Está tan débil!

- Tranquílese usted, dijo suavemente el padre Vergeau; a su edad, la alegría no mata.

Los ojos azules se abrieron, efectivamente, conversando, en su lenguaje misterioso y profundo, con las pupilas negras que estaban fijas en ellos.

- ¡Ah, señor cura, qué diplomático es usted!, dijo la solterona, riendo y llorando a la vez... Sin embargo, no me gustan mucho las novelas que acaban en boda. Es más poético morir de amor que casarse... Pero iré de mejor gana a la iglesia de Ruillé para una boda que para un entierro.

- No se queje usted del desenlace, dijo el cura, puesto que usted misma ha contribuido a él.

- Es verdad, confesó Olimpia. Descubrí tu secreto, Magdalena.

La muchacha le tendió la mano, y dijo sonriendo a Norberto:

- No te lo reprocho.

Las golondrinas, en los aleros de la casa, saludaban a gritos la estación del amor.

FIN

EL NUEVO ACUMULADOR EDISON

Empiezan a conocerse los detalles del nuevo acumulador de Edison, acerca del cual el Dr. Kennelly ha leído recientemente una memoria en la American Institution of Electrical Engineers.

El ilustre inventor atribuye a su acumulador las siguientes ventajas: gran capacidad eléctrica en muy poco peso; ningún deterioro resultante del trabajo; posibilidad de obtener sin inconveniente cargas y descargas rápidas; posibilidad de soportar las trepidaciones debidas a la marcha y a los choques resultantes de las manutenciones, y finalmente exiguo gasto de construcción y entretenimiento. Si este programa se realiza en la práctica, tendremos el acumulador ideal que abrirá las puertas del porvenir a la locomoción eléctrica en las carreteras.

Según Mr. Kennelly, la capacidad eléctrica del nuevo acumulador es de 31 vatios-horas por kilogramo de peso total de la batería, es decir, dos veces y media la de los acumuladores ordinarios al plomo. Si estas cifras son exactas, podría obtenerse en un automóvil con una batería de 500 kilogramos y para un trabajo de cuatro horas, por ejemplo, una potencia de 375 caballos en la llanta, lo que representa la fuerza máxima que generalmente se necesita. El ele-

mento positivo es de hierro y el negativo un óxido de níquel; el electrolito es una solución acuosa de potasa al 20 por 100. Cada placa positiva y negativa se compone de una hoja de acero de seis milímetros de espesor con 24 aberturas rectangulares, y en cada uno de estos alveolos hay una cajita con varios agujeros para dejar penetrar el electrolito, que contiene la materia activa en forma de ladrillos. El ladrillo positivo está formado por una mezcla de limaduras de hierro y de grafito, y el negativo por un aglomerado de óxido de níquel y grafito. Los elementos positivos y negativos están separados por delgadas láminas de caucho endurecido, y el conjunto de los elementos, que constituyen una batería, está encerrado en una caja de hojas de acero.

Aparte del empleo del níquel, no hay en todo esto nada muy original desde el punto de vista de la construcción, que es análoga a la de todos los acumuladores.

La corriente de carga reduce el óxido de hierro a hierro esponjoso, y el oxígeno es transportado al través del electrolito por el níquel peroxidándolo. En la descarga, el oxígeno abandona el níquel, que se desoxida y se traslada al hierro esponjoso, oxidándolo a su vez. El líquido electrolítico obra únicamente como conductor.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los Elujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espotos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida a la sangre y entona todos los órganos. PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE Curadas por el verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

FRANCO 5fr. en Paris PUREZA DEL CUTIS - LAIT ANTÉPHÉLIQUE - LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARBUCAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES. Pone y conserva el cutis limpio y terso. CANDES ETC. B-St-Denis, 16

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

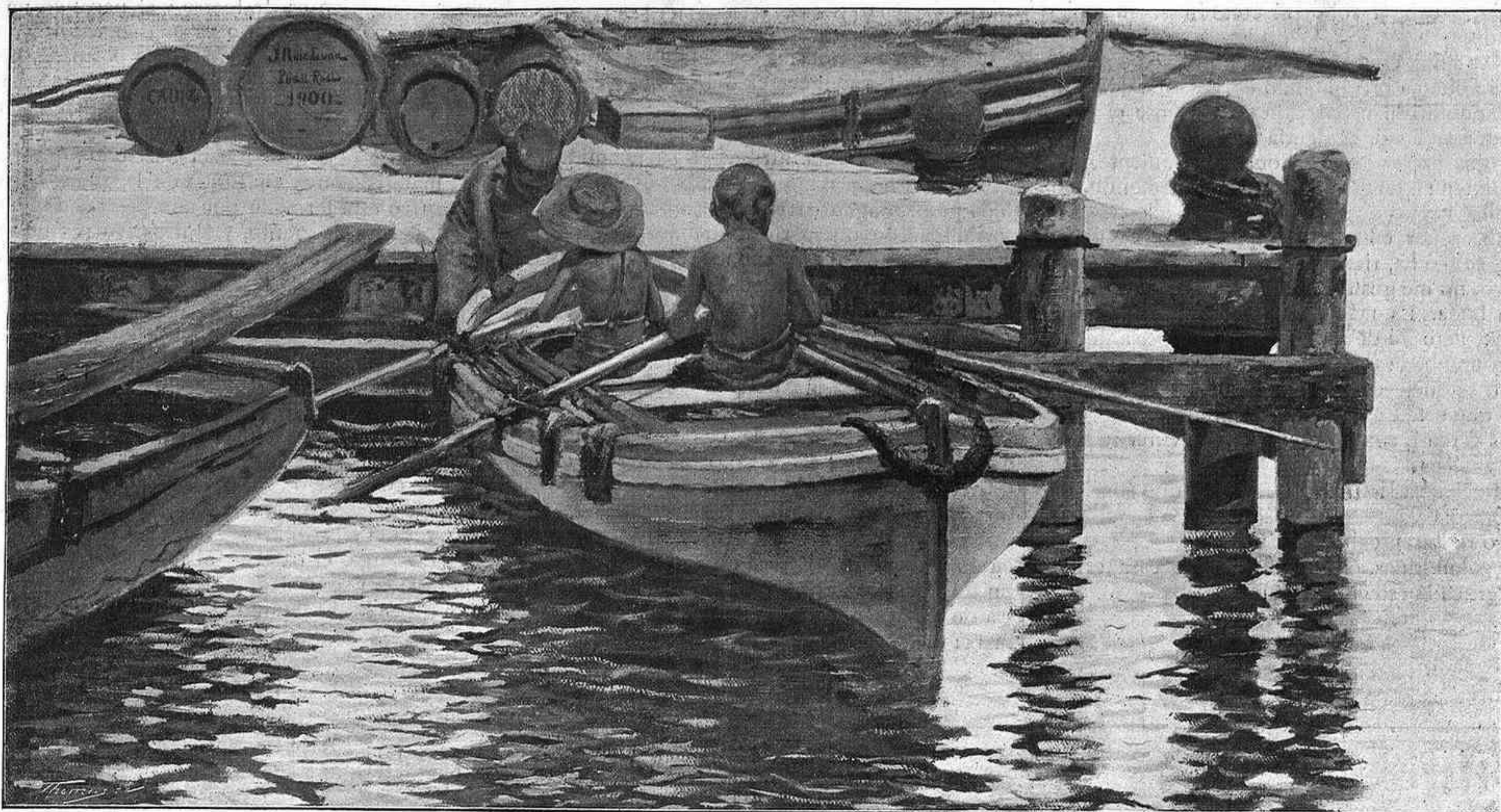
PILDORAS DEFRESNE A LA PANCREATINA Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris. DIGESTIVO el más poderoso el más completo Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los fuculentos. La PANCREATINA DEFRESNE proviene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion. POLVO - ELIXIR En todas las buenas Farmacias de España.

PILDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris. PILDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris. PILDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON con BISMUTO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. G rageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris. H ergotina y G rageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las G rageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero.) Para los brazos, empleese el PILIVOIR. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA. PILLETES DE PLAYA, cuadro de Justo Ruiz Luna

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 73, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio : 12 Rsales.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias,
 Jaqueca,
 Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

HARINA lacteada NESTLÉ
 Proveedor de la Real Casa
 26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
 Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche-pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil. ©
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Perfumerias, Barberias y Bazaros.

© Ministerio de Cultura 2006